



EDICIONES CASTILLO

Elena Garro

**Un traje rojo
para un duelo**

Un traje rojo para un duelo



Elaboración tipográfica,
selección de imagen de portada
y cuidado editorial:
Augusto García Rubio G.
Servicios Editoriales

Diseño general de portada:
Mauro Machuca.

© Derechos reservados por la autora:
Elena Garro

Un traje rojo para un duelo
COLECCIÓN MÁS ALLÁ, VOL. 15

© Primera edición, septiembre de 1996
Ediciones Castillo, S.A. de C.V.
Privada Fco. L. Rocha 7,
Fraccionamiento Residencial Galerías,
C.P. 64630, A.P. 1759,
Monterrey, N.L., México.

Miembro de la Cámara Nacional
de la Industria Editorial Mexicana
Prohibida la reproducción o
transmisión total o parcial de
esta obra en cualquier forma
electrónica o mecánica,
incluso fotocopia o sistema
para recuperar información
sin permiso del editor.

Impreso en México
Printed in Mexico

—¡Cuídate de esta hidra! —me dijo Miguel en un momento en el que mi abuela Pili salió del cuarto que hacía de comedor. Sorprendí en los ojos rubios del muchacho un odio repentino acompañado de miedo y le agradecí el consejo. El escándalo se abatía sobre mi casa y yo me encontraba perdida y absolutamente sola en el estruendo que rugía en la ciudad contra Natalia, mi madre. La acusaban de prostituta. Mi abuela Pili entró inmediatamente, ya que no le gustaba que yo hablara con ningún miembro de su familia y Miguel era su sobrino, el hijo de Alfredo, su hermano menor, lo cual convertía al muchacho en mi tío. Sin embargo, Miguel me trataba de "primita", ya que sólo tenía cinco años más que yo.

—¿Qué murmuran? —preguntó mi abuela Pili mirándonos con sus ojos grises y secos como piedras.

—Nada, abuela... —y bajé la cabeza.

—Nada, tía... —contestó Miguel.

Lo vi enrojecer como si fuera culpable y desvió la vista. Mi abuela se sentó frente a nosotros y fumó, aspirando el humo del cigarrillo con delicia. No me gustaba verla: sus piernas eran tan gordas que, sentada sobre la silla de bejuco, se hubiera dicho que eran almohadas dobladas, y sus pies calzados con chancletas no alcanzaban el suelo. Me asustaba la idea de que pudiera ser enana; me sentía en peligro. Me preocupaba la idea de descender tan directamente de aquel ser extraño. Con su cabeza pequeña de rasgos hermosos montada sobre los hombros enormes resultaba terrible. Miguel y yo sabíamos lo que encerraba Pili y cuáles eran sus designios. “Donde ella entra hace ¡así! y destruye todo”, me había dicho Miguel juntando los puños y luego separándolos con violencia, como si diera un golpe preciso con ambos codos. La sangre común que corría en nosotros nos capacitaba para saber quién era mi abuela Pilar.

Los dos le temíamos; estábamos seguros de que ocultaba secretos horribles y en su presencia permanecíamos quietos y tratábamos de esbozar una sonrisa. Por mi madre supe que mi abuelo paterno, Gerardo, la llamaba la Tortuga, y por la hermana de mi abuela, Angustias, que éste se había suicidado. La tía Angustias me relató el suicidio de mi abuelo con voz de sibila, y durante mucho tiempo tuve sueños atroces. Pregunté varias veces: “¿Y cómo murió mi abuelo Gerardo?” Pili levantó los ojos: “En

ese accidente... ¿por qué lo preguntas tantas veces?” Mi padre repitió: “En un accidente”... Estaba confundida y Angustias se me acercó una mañana: “No lo repitas, ya sabes cómo es mi pobre hermana. Te confié un secreto, ¿quieres que riña con Pili y Gerardito?” Gerardito es mi padre. Y el secreto del suicidio de mi abuelo me pesó como una losa. “¿Por qué lo hizo?” Angustias se llevó un dedo a los labios y lanzó un suspiro profundo: “Lo hacían muy desdichado...” Ese mismo día, mi abuela se acercó cuando se fue su hermana, me lanzó una mirada, fumó y exclamó en voz alta:

—¡Pobre Angustias, siempre me tuvo envidia y siempre odió a Gerardito! No creas nada de lo que te diga. ¿Has visto lo feísima que es su nieta? En cambio tú, hijita, tienes una piel de rosa de mayo...

Me quedé desconcertada. Era imposible descubrir quién mentía; sin embargo, tuve la certeza de que mi abuelo se había suicidado. Lo que desconocía eran los motivos. En cualquier caso, ni mi abuela ni mi padre parecían preocuparse por aquel acto terrible ocurrido en la familia; no estimaban a mi abuelo Gerardo y eso me atormentaba. Mi madre permanecía paralizada de terror frente a mi abuela, que apenas le llegaba a la cintura, y gracias al miedo se convertía en un ser abyecto. Esto nunca se lo dije, sólo lo veía y callaba. Su terror la conducía al desastre y con la mirada vaga veía caerle encima el mundo sin hacer un solo movimiento de defensa. Me resultaba imposible respetar a aquella cobarde, que caminaba a largos pasos y parecía reírse del mundo. “¡Ah, si te vieran... temblando...!” me decía a mí misma cuando la veía reír despreocupada... aparentemente.

Remedios, la madre de Miguel, vivía dedicada a regentar la cocina de los restaurantes de su marido, Alfredo, de los que mi abuela Pili era socia capitalista. Nadie de la familia me lo dijo; fue Higinio, el criado de mi abuela, el que me confió el secreto. ¡Pobre Higinio, no me atrevo a decir lo que le ocurrió más tarde! Remedios, la “Flapper”, como la llamaba Pili, se vestía siempre de negro, era muchos años mayor que mi madre y apenas hablaba: “¡Pobre Natalia!”, susurraba cuando alguien hablaba de mi madre.

Ahora Miguel había dicho: “¡Pobre tía Natalia!”, y entre él y yo se estableció una corriente de afecto. Los dos sabíamos, pero los dos debíamos callar.

—¿Podemos ir a jugar al boliche? —preguntó Miguel con voz tímida.

Mi abuela columpió los pies calzados con chancletas, fumó en silencio y con la mano libre se acarició un pecho. Miguel insistió y la respuesta se produjo.

—¡No! ¡No puede ir! Su abuelo Antonio se está muriendo y ella sólo piensa en divertirse. Miguel se volvió a verme, sorprendido.

—Es cierto. Por eso me traje aquí mi padre —le dije.

Miguel me pidió disculpas. No me preguntó por qué no se lo había dicho antes; sabía muy bien que en la casa de mi abuela Pili estaba prohibido hablar de la familia de mi madre. A él le sucedía lo mismo con la familia de Remedios. El muchacho dijo algo y yo miré con miedo a Pili, a quien mi madre llamaba La Gorgona. Me sentí atrapada en un vaho paralizante que emanaba de ella. Cuando Miguel se fue, permití que ella continuara mirándome.

Hacía dos días que esperaba en esa casa la muerte de mi abuelo materno. “Me llevo a Irene porque no quiero que se impresione”, anunció mi padre, y contra mi voluntad me llevó a vivir con él y con mi abuela. Era la primera vez que me invitaban y yo estaba incómoda. Me sentía fuera de lugar y tenía pesadillas. Mi abuelo Antonio iba a morir; recordé sus ojos verdes estriados de amarillo como las hojas del otoño. Me gustaba hablar con él. Había una parte mía que sólo encontraba eco en él, cuando me explicaba el lado oculto de las religiones; me hablaba de Teología, me leía los Evangelios, me relataba el misterio de los Templarios del Santo Grial, de la Cábala, de Los Vedas y de las analogías y correspondencias de los mitos. El me enseñó la aceptación de los misterios y cómo de la misma vida emanaban efluvios que me conducían al éxtasis, frente al origen desconocido de la belleza, o al terror; frente al mal que rondaba los días. La verdad era la fuente de todo lo creado y la mentira la máscara terrible de la destrucción y del miedo. Sin él, caminaba a tientas. Las cosas no eran tan materiales como aseguraba mi padre, ni tan perversas como decía mi abuela Pili, ni tan simples como las tomaba Natalia. “Te haré una fiesta”, me decía sonriendo, cuando me veía afligida. El escándalo alcanzó a Natalia cuando yo alcancé su estatura y el mundo se volvió hostil. También yo tenía miedo y el miedo sólo se me disipaba con mi abuelo. Hablar con él me consolaba de las aceras llenas de rostros iguales y de la irregularidad mezquina de sus casas cerradas para mí. Ahora él, mi abuelo Antonio, se iba a morir, y era difícil aceptarlo. La muerte era algo irreal, aunque a veces, por las calles, me sorprendía a mí misma mirando a los que se cruzaban conmigo como a futuros muertos y la certeza de que todos, absolutamente todos, iban a morir, me dejaba atónita. Sólo mi abuela Pili no moriría; era permanente y eterna como el mal.

—Pili se morirá sólo cuando haya corrido sangre —aseguraba mi madre con voz hueca.

¡Era verdad! La miré sentada frente a mí y me pareció un ser antediluviano. “Las tortugas viven siglos”, me dije. Y vi que no tenía ninguna hendidura por la que pudiera deslizarse la muerte. “Tiene tanta grasa que ni siquiera una bala la atravesaría”.

—¿Por qué me miras así? Eres igual a tu madre —me dijo sobresaltada.

Tenía el don de adivinarme el pensamiento. Esa frase de la bala se la había escuchado a Natalia, mi madre. “Me adivina el pensamiento”, me dije y no le contesté. Me di cuenta de que la temía como la temíamos todos los que no fuéramos su hijo Gerardo o su hermano Alfredo, aunque, pensándolo bien, los dos adoptaban una actitud demasiado sumisa frente a ella, y yo los había visto enfurecerse en rebeliones súbitas y pasajeras. Pensé que con ella me sería muy difícil vivir y lamenté que se hubiera marchado Miguel También él estaba condenado como yo. Su padre y mi abuela traficaban con todo, por eso eran millonarios y sus negocios los unían estrechamente, aparte de las ligas sentimentales y enfermizas que ambos mantenían y que nos excluían a nosotros como a seres extraños e inoportunos para su intimidad. Entró Pancho, el chófer de mi padre.

—Me mandó el señor a preguntarle si se le ofrecía algo.

Conocía bien a Pancho. Antes estuvo bajo las órdenes mi madre y en esos días le tenía afecto. Mi abuela lo miró con humildad.

—Nada. Muchas gracias... —dijo procurando hacer una voz de niña.

Mi abuela cambiaba de expresión y aun de voz siempre que se encontraba frente a algo o a alguien que estuviese en relación con su hijo. Pancho se fue a la cocina. Su uniforme y el automóvil que esperaba en la calle contrastaban con la sordidez de la casa, que a pesar de hallarse en uno de los barrios mejores se descascaraba por falta de pintura. La casa imitaba a un cortijo andaluz, y con los años y la falta de cuidados se había convertido en un andrajo de tejas rotas y paredes sucias. Mi abuela rentaba el piso superior a una familia numerosa, que convirtió al jardín en un rincón de polvo y de raíces secas. Ella y su hijo ocupaban la planta baja, antes destinada a bodegas, y en esos cuartos estrechos acumulaban baratijas, flores de papel y calendario. En las vitrinas guardaban cristales preciosos, restos de la casa de mis abuelos paternos. En una habitación adyacente al cuarto central, que hacía de comedor, habían colocado los anaqueles de caoba cargados de libros. “¡Mira, diecisiete años de casada en comunidad de bienes y sólo me tocaron dos camas!”, repetía Natalia, mirando lo que nos había quedado en el departamento que ocupábamos. Junto a los libreros, Pilar colocó un sofá y dos sillones pesado forrados en terciopelo rojo con dibujos labrados. Los muebles pertenecían al gusto dudoso de su segundo marido, ya difunto. Los

sótanos habitados por mi padre y por mi abuela atestiguaban dos culturas, dos clases sociales mezcladas con torpeza: la alta burguesía del siglo XIX, a la cual pertenecía mi padre, sobre cuyos restos se imponía la obtusa clase baja de los comerciantes a la que pertenecía mi abuela, con su gusto por las baratijas de plástico. Pilar había logrado borrar casi por completo a mi familia paterna, ante la impasibilidad de Gerardo, su hijo. En la habitación de Cuca, su sirvienta, se acumulaban en desorden las fotografías de mis bisabuelos y de mi abuelo y sus hermanos, que yo a veces revisaba a escondidas. Era increíble que mi padre, crecido en una casa en la que se imponía el orden de los cristales, las maderas preciosas, los espejos y las mesas impecables, pareciera no notar que la casa en la que yo me hallaba era la de una sirvienta enriquecida. Escuché salir a Pancho para dirigirse a la oficina de mi padre y me volví a repetir que el rango social y la cultura de Gerardo no correspondían con aquel cuadro mezquino en el que yo me asfixiaba. “En una cabaña podría ser feliz... pero aquí...”, me dije con disgusto.

“¿No sabes que mi hermana Pili adelantó las vísperas?” me dijo Angustias para explicarme el rencor que mi padre había acumulado para su familia paterna. El desaliño de Pilar, llegado a la familia de mi padre por la puerta falsa de un embarazo anticipado, había sido aceptado con cortesía y sin entusiasmo. “¡Pobre Cecilia, tu abuelo era su hermano favorito! Nunca dijo nada; se dedicó a educar a tu papá, pero mi hermana Pili lloraba ¡tanto! Decía que sólo deseaba robarle el amor de su hijo”. Sí, yo sabía que la vida de mi padre estaba inundada por torrentes de lágrimas. La capacidad de mi abuela para el llanto era asombrosa. Era capaz de llorar durante días enteros hasta lograr que mi padre hiciera lo que ella deseaba. Después todos murieron y ella y su hijo quedaron frente a frente, hasta que apareció la tonta de Natalia, que no hizo sino reemplazar a Cecilia. ¡Era curioso!, en el cuarto de Cuca y de cara a la pared estaba un retrato al óleo de Cecilia vestida de blanco y sosteniendo un abanico. Tenía los ojos profundos y la tez pálida. A su lado estaba también el de mi madre, vestida de negro, con el cabello rubio y los ojos asustados. Las dos tenían pinchazos en la cara y el óleo se resquebrajaba.

—Abuela, ¿no sería bueno, colgar esos retratos? —le dije una tarde.

—¡Déjalos donde están! ¿Con qué derecho entras tú al cuarto de Cuca? — contestó furiosa.

“¡Eran muy distintas y Pili nunca la quiso, nunca la tragó!”, me dijo Angustias casi al oído y continuó fumando. Cuando entró su hermana cambió de expresión y la llamó “hermanita”. En verdad que ambas eran asombrosas. En verdad que cualquiera hubiera dicho que Angustias y Pilar se odiaban, y sin embargo siempre estaban juntas.

Tal vez espiándose mutuamente. “¿Tú, qué piensas?” me preguntó Angustias con voz rápida.

—¿Qué pienso de qué? —le pregunté asustada.

—De... todo esto... ¿No crees que hay algo raro? —me preguntó en voz muy baja, como si temiera que la escuchara mi abuela desde la cocina.

Esa tarde no supe qué decir. Sobre mí caían demasiadas cargas y me sentía aplastada. Una cortina tenebrosa cubría el pasado y yo no era capaz de correrla. Miré los techos bajos del cuarto donde me encontraba y luego los ojos de mi abuela, que me miraban con fijeza y dentro de los cuales estaba el pasado impenetrable que convertía a la casa entera en un lugar donde se hubiera cometido un crimen.

—¿Vas a seguir sentada toda la tarde? —me preguntó mi abuela con violencia.

—¿Cómo murió mi abuelo? —le dije sin saber por qué lo hacía.

—¡Tu abuelo! Deja de preguntar por él y por su hermana. ¡Eres igual a ella; por eso te vas a quedar soltera! ¡Sí, solterona! —me dijo con malignidad.

Guardé silencio y recordé a mi padre: “Odias a los hombres, eres una reprimida, una puritana, como tu madre. Nunca te vas a casar”. Mi abuela había agregado envalentonada por las palabras de Gerardo: “A los hombres no les gustan las mujeres como tú y como ella”. Me lastimaron profundamente y no comprendí cómo podían acusarla de prostituta y de reprimida sexual y puritana al mismo tiempo. Según ellos, Natalia estaba rodeada de hombres, pero éstos huían de ella. “¡Alberto está muy enamorado de ella!”, contesté sintiéndome acorralada.

—¿Alberto? Ni siquiera se acuesta con ella —dijeron a un tiempo y se echaron a reír.

Guardé silencio y recordé la queja de Natalia: “Tu padre me ha impuesto un amante equivocado e inexistente”, decía al referirse a Alberto. Lo decía con simpleza, sin darse cuenta de que caminaba en arenas movedizas que la tragaban poco a poco. Siempre supe que mi casa no era como las otras casas, y de niña sufría por esa rareza, pero todo empeoró cuando apareció Juan. Desde la primera vez que lo vi en el salón, con una taza de té en la mano, sonriente y parecido a mi madre, supe que era él quien iba a decidir mi suerte. Me fui a mi cuarto a preparar mis clases Y nunca olvidé esa primera vez que los vi juntos. “¿Por qué no te vas con Juan?”, le pregunté a Natalia. Ella me miró en silencio y le repetí la pregunta. “No volvería a verte. Necesito esperar doce años para que seas mayor de edad”, me contestó pensativa. ¿Doce años?, era casi tanto tiempo como toda la eternidad. Ahora ya habían pasado cinco años y sólo

le quedaban siete; yo sé que llevaba bien la cuenta. El miedo había convertido a Natalia en un ser paciente, muy paciente...

—¿No vas a hacer nada? —pregunto mi abuela interrumpiendo mis pensamientos. ¡Claro!, debía hacer algo. En ese cuarto siempre estaba la lámpara encendida: tenía la forma de un ramo de violetas de porcelana gruesa y los pétalos estaban engarzados en plomo. La luz eléctrica me impedía calcular la hora; era como si hubieran abolido al día.

—Voy a dar una vuelta —dije.

La tarde me recibió con indiferencia. Sus luces naranjas daban reflejos inesperados a las casas semiderruidas situadas a espaldas de la casa de mi abuela. Muy cerca, un parque enorme sembrado de fresnos abanicaba el cielo. Caminé a la deriva y me encontré en la vieja plazoleta vecina, en donde se levanta frente a la iglesia la antigua casa de mi padre, ahora convertida en convento. “Cecilia salía en carretela. Tenía los mejores tiros de caballos”, me había dicho Angustias. Me pareció ver abrirse las puertas altísimas del convento para dar paso a aquella tía abuela enfundada en su traje de raso blanco. Yo estaba fuera y nadie deseaba introducirme en el círculo de aquella familia que fue mía. Me consoló saber de una manera misteriosa que me hubieran aceptado con gozo. Recordé a mi abuelo Gerardo: “Si él viviera yo no estaría sola, viendo la puerta cerrada de su casa”, y pensé que ni siquiera conocía su tumba. Lo habían matado, callaban su muerte, escondían sus retratos y su fugitiva presencia en este mundo. Los muros altos de su casa abarcaban una manzana entera y sobre ellos las madre selvas se desbordaban con alborozo y asomaban las copas de los cedros y los fresnos. “Lo mejor de la casa de tu padre era la biblioteca; pero tu abuela la cerró cuando me sorprendió leyendo”, me contó varias veces Natalia, y agregó: “Dijo que no me casé para leer sino para remendar calcetines; yo juré que nunca los remendaría y he cumplido mi juramento”.

Natalia se sentía orgullosa de su hazaña. ¡No la comprendía! Ni comprendía sus súbitos berrinches. Desde el principio permitió que la hundieran poco a poco en la abyección. Esos muros altos escondían el pasado y yo quería descifrarlo; después de todo yo era el resultado de una suma incalculable de errores y merecía descubrir el secreto. ¿Las monjas sabrían lo que ocultaba y que yo andaba merodeando? “Pili y yo veíamos desde la cantina de mi papacito a tu tía y a tus abuelos. ¡Qué boato! ¡Qué sombrillas de encaje las de Cecilia! Nunca imaginamos que Pili iba a entrar en tu familia...”, me repetía Angustias, mientras yo callaba frente a ella, que hablaba metida en una bata de cretona, fumando, con los ojos chispeantes de malicia y la oreja tendida

para espiar los pasos de su hermana Pili. Ella también era gordísima, pero su gordura no inspiraba terror; sólo me recordaba que la invasión de grasa podía ser hereditaria, y comprendí a Natalia: “Gerardo, sólo vas a comer carne y una ensalada”, le decía a mi padre, y lo obligaba a dar largas caminatas. A mí me observaba en silencio durante las largas horas dedicadas a la natación, a la bicicleta, a las clases de danza y a las caminatas. “Siempre tuve miedo”, repetía en voz baja. Era difícil que los extraños creyeran en su cobardía; caminaba con decisión y su cabello rubio brillaba como una bandera... pero no deseaba recordarla. La verdad era que yo estaba de más en el círculo que formaban ella, Gerardo y sus amigos. Ahora vivían separados. Me quedé con ella porque mi padre se opuso con violencia a vivir conmigo y escogió regresar con su madre. El día de la separación ella le dijo: “Dile a Alberto que no vuelva nunca más a esta casa”. Él la miró divertido: “Alberto es un hombre magnífico”, afirmó. Ella se levantó de un salto y llamó a Pili por teléfono y ésta se presentó inmediatamente, hizo las maletas con los efectos personales de su hijo y anunció: “Me lo llevo”. Mi padre sonrió satisfecho; hacía ya mucho tiempo que esperaba ese momento y ese día ya no vino a comer. A los pocos días se llevó casi todos los muebles que teníamos. Por la noche mi madre colocó la cama contra la puerta de la habitación y repitió: “¡Tengo tanto miedo! ... tú no sabes nada...”

La tarde empezaba a pardear. Me acerqué a la casa convertida en convento, pasé bajo sus balcones elegantes y tiré varias veces de la campanilla de entrada. Una monja morena abrió y me miró atentamente.

—¿Qué se te ofrece, niña? —dijo con compostura.

—¿Es cierto que en el jardín hay paseos sembrados de fresnos y una fuente en el centro? —pregunté.

—Sí, es cierto... ven cuando quieras, ahora ya es tarde —dijo sin cambiar su tono de voz.

Me despedí y ella cerró el portón. No volvería nunca. Los fantasmas de mi abuelo Gerardo, “El borracho”, como lo llamaba mi padre, y el de mi tía Cecilia estaban ahora confundidos entre las cofias de las monjas. De ellos sólo quedaban objetos impares revueltos en el cuarto de la criada de Pili. Crucé la plazoleta por la que circulaban albañiles borrachos y sirvientes. No tenía miedo. Ni siquiera me asustó la idea de que mi padre llegara antes que yo y que Pili le dijera que yo andaba vagabundeando. ¿Acaso no era una vagabunda? No pertenecía a la cueva de Pili, ni al piso impecable que había construido mi madre y en donde la presencia repetida e inoportuna de Alberto nos llenaba de turbación. Era el germen de la destrucción, y cuando Natalia

trataba de impedirle el paso se producían escenas terribles. Giré alrededor de la plazoleta; cerca de la casa de mis abuelos me sentía segura. El miedo me lo producía Natalia, alerta siempre a enemigos imaginarios. En cambio, yo temía las represalias de mi padre. Yo lo conocía mejor y la inconsciencia de Natalia me daba vértigo. Desde la aparición de Juan esperaba la respuesta de mi padre y sabía que ésta iba a ser terrible, por eso le aconsejé en aquella tarde lejanísima que huyera con él; estaba aún a tiempo, pero ella prefirió quedarse conmigo. De una manera que no puedo explicar, siempre supe de su infelicidad profunda. Gerardo nunca la quiso: le molestaba su cabello rubio, su risa y su aparente seguridad en ella misma. Yo sentía una compasión extraña por mi padre; sus manos eran débiles y pequeñas y delante de los poderosos tartamudeaba siempre. No amaba a Natalia, pero sin ella se sentía perdido. Después de las comidas y cuando ambos tomaban el café en el salón, yo sabía que iban a reñir, aunque yo estuviera en el colegio o en mi cuarto haciendo mis tareas. Me sentía señalada: nadie tenía padres como los míos, tan jóvenes y tan cubiertos de escándalos; por eso prefería los internados. Allí me olvidaba de la frase de Natalia: “Gerardo, soy un rompecabezas revuelto, déjame que acomode las piezas...”; y durante meses Natalia se negaba a salir a la calle o a recibir a la gente que inundaba mi casa. “¡Yo sólo estoy aquí para calentar sillas en el salón! ... ¡No quiero! ... ¡No quiero!”, decía a voz en cuello. “¡Loca! ¡Estúpida! Cuando Irene crezca viviremos juntos; ella es terrenal, sabrá cuidar la casa y hará una brillante carrera de traductora simultánea, así podrá ganar dinero en los congresos internacionales”, le contestaba mi padre. La idea de ser “traductora simultánea” me inmovilizaba. ¿Por qué Gerardo me había reservado ese destino sombrío? Me llevaba a caminar para repetirme una y otra vez: “No la escuches. Está loca. Tú pondrás orden y llevarás una vida ordenada de traductora simultánea”. Al volver a la casa, hipnotizada por sus palabras, buscaba el desorden inexistente en los ramilletes de flores que hacía Natalia o en los menús bien balanceados. No. El desorden no estaba en la mesa almidonada, ni en las habitaciones pulidas; estaba en otra parte de la casa que yo no alcanzaba a descubrir. A veces, por las noches, me asomaba al cuarto de Natalia y la espiaba leer, o iba al cuarto de Gerardo para ver si ya había llegado, pues mi padre me producía una piedad infinita. En cambio a ella, tan alta y tan buena deportista, la miraba con severidad. Estaba siempre tostada por el sol y no me permitía quejarme, ni se quejaba. Sólo tenía miedo. “¿Qué es tu madre?”, me preguntaba Gerardo, y a fuerza de escuchar esta pregunta, Natalia se me convirtió en un ser mitológico. Ignoraba “quién” era mi madre.

Vi los montones de basura que se acumulaban en la plazoleta, confundidos con el lodo dejado por la lluvia, y vi a los grupos de pobres indios comiendo fritangas frente a puestos de comida atendidos por mujeres viejas, y mi vida era tan ajena a ellos que me resultaron irreales. Existía una zanja profunda entre aquellas vidas misteriosas que se debatían a oscuras en la plazoleta y la mía. Sus ojos oscuros me seguían los pasos pero yo no quería volver a la casa de Pili y tampoco deseaba ir a la de Natalia, en donde agonizaba mi abuelo Antonio. “¡Lástima!”, me dije, y recordé aquella tarde misteriosa y terrible. Mi madre acompañó a Gerardo hasta la puerta, después envió a los criados fuera; entonces, me dio las pastillas y abrió el gas. Recordé que el criado nos despertó a bofetadas. Unos minutos después llegó mi padre.

—¡Está loca!

Era la misma conclusión de siempre: “está Loca”, y necesitaba rudeza y disciplina. Pili y Gerardo se encargaron de imponerle ambos rigores. También yo padecía la misma severidad, con el fin de prevenir los gérmenes de la locura. Era una lástima que aquella tarde de mis siete años no hubiera tenido el final buscado por Natalia, pues nada de lo que me sucedía tenía realidad: “¿Estás segura de que necesitas ir al oculista?”, y durante muchos meses traté de adivinar lo que sucedía en el pizarrón del colegio. Cuando Pili y Gerardo estuvieron seguros, mi abuela me llevó al oculista para evitar que Natalia “se robara” el dinero de la consulta. “¿Estás segura de que no mientes?”, me preguntaban cuando comentaba algún libro, y entonces ya no estaba segura de haberlo leído. A Natalia le sucedía lo mismo siempre que pedía o decía algo, y entonces callaba o lloraba. Ahora, si volvía a la casa de Pili, me someterían a uno de esos interrogatorios estrechos a los que sometían a Natalia. Yo no diría nada; había aprendido la lección. Natalia, en cambio, confesaba lo que ellos le pedían aunque a mí me constara que no era verdad. Por eso dejó ir a Juan y por eso también aceptaba la presencia de Alberto, que estropeaba el orden establecido por ella. La plazoleta estaba oscura. Sorprendí a Cuca, la criada de mi abuela, rondando los árboles en mi busca y corrí a un callejón. Tenía que regresar, pero no de la mano de Cuca, que nunca obedecía mis órdenes aunque yo la tratara con mucha cortesía.

—¡Tú no eres nadie para dar una orden! —me decían Pili y Gerardo cuando pedía algo, pero tampoco podía ir en busca de lo que necesitaba, porque entonces me acusaban de andar hurgando en la casa.

Desde lejos vi el automóvil de mi padre estacionado frente a la puerta de Pili y escuché los alaridos del hombre borracho que vivía en el piso superior de la casa de mi abuela. Pancho, el chofer, dormitaba sobre el volante, indiferente ante aquel

escándalo. En el cuarto que hacía de comedor me encontré con mi padre comiendo de prisa los restos recalentados de la comida del mediodía:

—¿Dónde anduviste? —me preguntó sin dejar de masticar.

—Fui a dar una vuelta a la plaza.

—¡Mientes! ¿Dónde anduviste?

—Fui a dar una vuelta, mi abuela me dio permiso.

—¡Mientes! ¡Mientes! ¡Mientes! —dijo sin dejar de masticar, mirándome con ira.

Me volví hacia mi abuela, que sonreía satisfecha.

—Abuela, usted me dio permiso.

—Mientes. Te dije que no fueras al boliche —contestó tranquila.

—No fui al boliche...

—Mientes. Fuiste al boliche con Miguel contraviniendo las órdenes de mi madre.

¡Tú y ese mequetrefe se burlaron de mi madre! —me acusó mi padre furioso.

—No es verdad. Miguel se fue mucho antes de que mi abuela me ordenara salir a dar una vuelta —dije.

—¡Mientes! Mi madre te vio por la ventana; Miguel te esperaba en la esquina y te fuiste con él.

—¡Miente ella! ¡Miente! —grité.

Me sentí en peligro. Los dos eran hostiles, compartían la mentira como lo habían hecho con Natalia, a sabiendas de que ambos mentían. Su juego era muy extraño y por primera vez les tuve casi tanto miedo como el que les tenía Natalia. ¿Qué se proponían? Pili llamó por teléfono a su hermano Alfredo; en efecto, Miguel todavía no llegaba a su casa y Pili le repitió a su hermano la calumnia de que Miguel me había llevado al boliche contraviniendo sus órdenes. Ella nos había visto irnos juntos. Su cara parecía muy compungida y en sus ojos de piedra había lágrimas. Era necesario que Alfredo castigara a su hijo, pues Gerardito estaba enfadado con ella por culpa nuestra.

—¿Ves, Dito? ¿Ves cómo no miento? —le dijo a mi padre cuando hubo colgado el teléfono.

—Tú no llores, mamá —contestó mi padre mirándome con severidad.

Pero él sabía que ambos mentían. Había visto su juego con Natalia cientos de veces y ahora lo ejercitaban conmigo. ¿O realmente lo creían...? Tal vez estaban locos... jugando aquella comedia en mitad de un cuarto alumbrado por tres violetas de porcelana gruesa. No supe si fingían su cólera o si realmente se habían encolerizado.

“Tu abuelo Gerardo se suicidó”, me había dicho Angustias. También Natalia había abierto el gas; quizás ni él ni ella se sintieron capaces de continuar el juego llevado por la madre y el hijo, que ahora me miraban en silencio con sus ojos de piedra reseca. Pili continuaba llorando sin lágrimas, sólo con gestos.

[Laguna de dos páginas]

Era verdad; muchas veces Gerardo había llamado a la casa para exigirle a mi madre que internara a mi abuelo Antonio en una institución de caridad. Ella no podía contestar, pues el teléfono estaba en la habitación en la que agonizaba su padre.

—¡No tiene en qué caerse muerto! —agregó Pili con ira.

Pili tenía razón: mi abuelo no tenía en qué caerse muerto. Cuando mi madre lo trajo de Cuernavaca, del departamento amueblado donde vivía con mi abuela Margarita, sólo trajeron dos maletas viejas y unas cajas de libros. Desde ese día mis abuelos ocuparon la habitación principal. Mi abuelo Antonio, sentado frente a una hermosa mesa, estaba atado a un tanque de oxígeno que lo mantenía con vida, mientras él se dedicaba a la lectura. Por su parte, su mujer, mi abuela Margarita también leía, *El Paraíso perdido*, sentada en un sillón. Así los encontramos esa tarde cuando llegamos de visita. Natalia nos recibió con su cabello rubio cepillado y un traje de algodón azul.

—Te ves más joven que Irene y más cuidada... —le dijo Pili.

Me sentí herida: estaba cansada de que mi abuela Pili y su hijo me compararan con mi madre, siempre con el objetivo de hacerme sentir mal. Corrí al cuarto de mi abuelo, que al verme trató de ponerse en pie. Nunca olvidó sus maneras aprendidas en los colegios de frailes españoles. Nunca hizo alusión a su muerte, por cortesía. Sólo una noche antes de morir llamó a Natalia y le pidió una cajita china de laca, y con manos temblorosas buscó entre los papeles doblados y amarillentos.

—Aquí está —le dijo a su hija y señaló un papel.

Mi madre apenas lo miró: era la papeleta de propiedad de la tumba familiar en el Panteón Español.

—Para que no te molestes buscándola —agregó mirando a su hija con los ojos estriados de verde y amarillo, que con los años se fueron apagando.

Esto lo supe después. Esa tarde Pili ocupó una silla cerca de mi abuelo moribundo, y éste trató de conversar con naturalidad.

—¡Qué rosa estás! —me dijo.

—Le he suplicado que no se maquille —contestó Pili, mirándome con tristeza.

Pensé que iba a llorar y saqué mi pañuelo con precipitación para frotarme las mejillas y demostrar que no llevaba colorete.

—No me maquillo... son mentiras de ella —dije acalorada.

Mi abuelo y Natalia parecieron turbarse y Pili guardó silencio. Desvió la mirada hacia la válvula del tanque de oxígeno y me di cuenta de que estaba a punto de terminarse. También supe que mi madre y mi abuelo lo sabían y que trataban de ignorarlo. Le leí el pensamiento a Pili: “¿Si no tiene dinero por qué no ingresa en un hospital de caridad?” También leí lo que mi abuelo pensaba: “La Divina Providencia siempre provee”. En efecto, no era la primera vez que se terminaba el oxígeno y la Divina Providencia tomaba la figura de los obreros vestidos de dril gris, que distribuían el oxígeno y que se habían encariñado con Natalia y con mi abuelo y dejaban el tanque aunque en ese momento no hubiera dinero.

Pili quiso irse en seguida y en el camino nos detuvimos en un restaurante de su hermano Alfredo. Debía quejarse de la conducta de Miguel, que me había llevado al boliche.

—Gerardito se enojó conmigo porque tu hijo se llevó a la niña al boliche —le dijo a Alfredo.

También Alfredo sabía que su hermana mentía y sin embargo movió la cabeza disgustado y bebió su copa de coñac. Era tan gordo como Pili y los dos me produjeron ira. Los escuché en silencio y traté de descubrir el misterio de sus embustes; pero fue inútil; ambos se miraban con ojos de mártires y se quejaban de la injusticia con la que los había tratado la vida. Empezaba a oscurecer y las sombras ligeras me pusieron triste. Ahora, los hermanos hablaban con palabras inconsideradas del pobre de Miguel y calculaban los castigos que debían imponerle. ¿Por qué Pili quería castigarnos a todos? La miré con miedo: se dirigía a su hermano con voz persuasiva, mientras lo aconsejaba. Este la escuchaba desde su grasa flácida y sus ojos saltones, y asentía con gestos de cabeza. "Si yo repitiera lo que ha dicho, ella juraría que nunca lo dijo", pensé resignada y deseé volver a la casa de mi madre. Encendieron las luces del restaurante y me sentí tocada por el odio y tuve la seguridad de que existía la maldad. "No vale la pena 'vivir'", me dije escuchando a los hermanos y traté de olvidar sus cuerpos gordos que repandían el mal. Era inútil imaginar una defensa o una venganza; ellos tenían mucho dinero, mucho poder, y Miguel y yo sólo éramos dos infelices.

Muy temprano el teléfono sobresaltó la casa. Pili se precipitó a contestar y después corrió al cuarto donde dormía mi padre.

—¡Es Lola!... ¡Ya llegaron! —anunció.

Lola era la sirvienta de mi madre, y me levanté de un salto para preguntar quiénes habían llegado, pero mi abuela Pili cerró la puerta y su voz me llegó apagada.

—Dice que Natalia aceptó que la lanzaran y se fue a acostar...

Yo ignoraba qué significaba “que la lanzaran” y continué escuchando: durante ocho meses mi padre no había pagado la renta del departamento que ocupábamos mi madre y yo. El propietario entabló un juicio y Gerardo lo dejó avanzar hasta que el dueño obtuvo la autorización judicial del “lanzamiento”. Es decir, iban a echar a la calle a mi madre, a mi abuela y a mi abuelo Antonio. Me quedé petrificada. '

—¿Llamo al Gran Rioja? —preguntó Pili muy excitada.

El Gran Rioja había sido testigo en la boda de mis padres y un gran amigo de Gerardo. Era un abogado tramposo. Recordé su cara negruzca, sus labios abultados, su cabello de erizo y me sentí mal. Me vi reflejada en los vidrios de la puerta, metida en un camisón enorme de Pili de seda color mandarina con encajes que me caían hasta las rodillas; parecía un payaso inesperado.

—¡Qué buena lección! A ver qué hace con el viejo agonizante. Tú no cedas, hijito, ¡oblígala a pedirte perdón por todos los daños que te ha hecho!

—Cuando me llame seré magnánimo —contestó mi padre con voz mitad satisfecha, mitad avergonzada. Abrí la puerta de golpe y aparecí ante ellos con aquel camisón que me colgaba como una cortina mal puesta. Ambos se sobresaltaron. Yo no dije absolutamente nada.

—La frase favorita de tu madre es: “todos vivimos de milagro”, y tiene que aprender que la vida no es un milagro, sino algo mucho más serio —me dijo mi padre con voz severa.

—Sí, es un milagro —contesté, identificándome con Natalia por primera vez.

—Ya veo que te ha domado. Verdaderamente, es la picaresca española en todo su apogeo —me contestó con tono despectivo.

—¿No te da vergüenza presentarte así?... ¿medio desnuda? —me gritó mi abuela tomándome por el brazo y sacándome a tirones del cuarto que ocupaba mi padre.

Volví al sofá rojo. Un tumulto se había formado dentro de mi cabeza y al vestirme me equivocaba de prendas y me temblaban las manos. Iría al auxilio de Natalia. Escuché nuevamente el teléfono y Pili se precipitó a contestarlo.

—Un momentito, señor, voy a llamar a mi hijo —dijo con voz melosa.

Era el dueño del edificio, el señor Mondragón. Gerardo habló con él en tono comedido y prometió ir a la casa de Natalia de inmediato.

—Estamos separados... usted sabe lo que ocurre en estos casos... —explicó con modestia.

—¡La gran puta! Vete tú a saber lo que se traiga con este viejo —exclamó Pili cuando mi padre colgó el teléfono.

—Llama al Gran Rioja —ordenó él, sombrío.

Salté la barda del jardín y corrí a la parada del autobús. Al llegar a la casa de mi madre encontré la calle y el edificio en calma, como si no sucediera nada. El elemento perturbador era un grupo de cargadores que con las reatas en las manos esperaban sentados en la orilla de la acera. En el salón amplio de colores nuez había un grupo de señores elegantes acompañando al señor Mondragón, el dueño del edificio, quien al verme enrojeció.

—Son los abogados —me dijo.

Corrí al cuarto de mi abuelo y lo encontré tranquilo:

—Vamos, no te preocupes. Lola tiene un paraguas —me dijo.

La mañana era lluviosa y la calle estaba empapada, por eso mi abuelo había tomado precauciones. Mi abuela Margarita, cubierta con las mantas, sollozaba y sólo alcancé a ver sus cabellos blancos revueltos sobre la almohada. Entró mi madre y me miró con disgusto:

—¿Por qué viniste a ver esta escena asquerosa?

—Te van a echar a la calle... —le dije.

Natalia alzó los hombros con desdén.

—¡Qué bueno! A ver qué dicen las lenguas que me acusan de explotar a tu padre y de tener un amante millonario al que también exploto —dijo en un súbito arranque de ira.

Mi abuela Margarita se enderezó llorando.

—No hables así. ¿Te das cuenta de lo que esto significa para esta pobre niña? —le reclamó a su hija.

Las palabras de mi abuela y el desatino de mi madre me asustaban aún más de lo que ya estaba. La pobre Natalia nunca entendió que la gente cree sólo lo que le conviene creer, sobre todo si se trata de dinero. Sentí pena por ella, que insistía en creer en la verdad. Atontada, me acerqué al salón y me detuvo la voz del Gran Rioja.

—Mi cliente no está capacitado para cubrir esta renta. Está separado de su esposa y la señora debe mudarse. Se le ha repetido muchas veces, pero ella se niega y abusa de la buena fe de mi cliente...

El Gran Rioja mentía. La discusión continuó. Natalia se fue a dormir; había velado a su padre toda la noche.

—Pueden ustedes proceder al lanzamiento. La señora se declara en rebeldía —terminó diciendo el Gran Rioja.

Sus palabras cayeron como una enorme baba; vi sus labios abultados y su piel negruzca y pensé que iba a llorar. Acto seguido, tomó a mi padre por el brazo y ambos abandonaron la casa. El señor Mondragón se acercó al ventanal y los vio irse. Se volvió perplejo y miró a sus abogados, que estaban aún más perplejos que él. Después se dirigió a Lola, que esperaba sus palabras con ansia.

—Dígale a la señora que me llame cuando despierte —y le tendió su tarjeta.

Se volvió a sus acompañantes y el grupo salió ceremonioso del departamento en donde agonizaba mi abuelo Antonio. Lola se precipitó a la habitación de mi madre.

—¡Ya se fueron! —gritó triunfante.

—¿De qué se venga Gerardo? —preguntó Natalia levantando la cabeza de la almohada y mirándome con sus ojos castaños llenos de asombro.

Me sentí culpable frente a ella. Me lo preguntaba a mí, a la hija de Gerardo, y yo no podía darle la respuesta. Sabía que su vida con mi padre era un ruidoso fracaso, que con él fue muy infeliz: “¿Más que ahora?”, me sorprendí preguntándome. ¿Por qué no veía a algún abogado? “Es inútil, ella no tiene poder”, me contesté a mí misma; quizás mi padre se vengaba de ella por lo de Juan; yo sabía que nunca le perdonaría a Juan, ni tampoco a ella, a la que jamás quiso.

—Mi padre no logró anular mi matrimonio, a pesar de que yo era menor... —dijo como para sí misma, abrazándose las rodillas y mirando al vacío. Era su postura favorita— Debe ser por Juan... o yo qué sé... —terminó.

Yo conocía bien a mi padre y estaba segura de que nunca dejaría de perseguir a Natalia. Siempre inventaría un nuevo sistema para atormentarla. ¿Por qué?, lo ignoraba. En la casa de Pili lo escuché hablar por teléfono con Alberto: “¡Pobre de ti! Está loca...” También supe que Alberto inventó su amor por Natalia para separarse de su mujer y quise explicárselo a mi madre. Esta se echó a reír y dijo:

—¿Y crees que no lo sé?

La escuché asombrada. Entonces, ¿por qué se dejaba manejar como a un títere? Debía existir algo que yo ignoraba. Lola, la criada, me llamó a desayunar.

—¿Han tenido dinero? —le pregunté.

—Sí, tu mamá cobró unas traducciones y mi hermano nos trajo comida de Sahagún —me contestó Lola sin dejar de arreglar la cocina.

Lola me explicó que mi madre velaba toda la noche, se acostaba a las siete de la mañana, se levantaba a los dos de la tarde y empezaba su trabajo de traducción hasta las diez de la noche. Su padre la había llenado de energía. "Irene, ya puedo leer otra vez a Grim y a Andersen y olvidar "la crisis del capitalismo", acostumbraba decir riendo. Era verdad: "el avance inexorable de la Historia" y las "estructuras del Capitalismo" habían desaparecido de la casa junto con el grupo de amigos ricos que frecuentaban a mi padre.

Pancho vino a recogerme. Crucé la ciudad, sobre la cual continuaba lloviendo. A medida que me acercaba a la casa de Pili, pensé en aquel sueño de gas, interrumpido por las bofetadas del criado. ¿Por qué tenía yo que permanecer en medio de la interminable batalla sostenida entre Gerardo y Natalia? Me hallaba en la tierra de nadie, contemplando mezquindades como la de aquella mañana. ¿Y así debería continuar hasta el final de mis días? "Pili no se morirá hasta que corra sangre", decía Natalia, y decía una verdad. Ella era el motor de aquella carrera hacia el desastre que nos dirigía a todos hacia la catástrofe. Y ahora tenía que enfrentarme a ella. La vi de pie frente a la puertecilla de servicio abierta en el muro de su jardín y que conducía a su morada casi subterránea. Llevaba el mismo traje de siempre: negro y raído; estaba sin pintar y su piel blanca parecía de tierra seca y arrugada. Me miró con sus ojos grises.

—¿Por qué te largaste? —me preguntó a bocajarro.

No contesté y ocupé mi lugar en el comedor iluminado por las tres violetas de porcelana gruesa. La humedad de la lluvia produjo olores desconocidos en los rincones de la habitación y sentí náuseas. Entró Cuca.

—¡Anda!, vete al restaurante y agarra unas buenas langostas para mi hijo y unas papayas para mí. Necesito recogerme la bilis que me hizo pasar ¡ésta! —dijo Pili refiriéndose a mí.

Cuca hacía el mercado en los restaurantes de Alfredo y siempre quedaba insatisfecha; según ella, Remedios, la madre de Miguel, le daba lo peor que tenían en las bodegas. Escuché las quejas de las dos mujeres; lo único que me interesaba era la llamada que Lola debía hacerme para avisar lo que decidieran mi madre y el señor

Mondragón. En la casa de Pili aprendí lo terrible de la ociosidad total: me sentía impotente y atrapada, aislada de lo vivo. La tarde transcurrió con lentitud. Me resultó imposible tragar la cena, y a las nueve de la noche tuve noticias de mi casa. Lola me explicó por teléfono que el señor Mondragón le rogó a Natalia que se defendiera y buscara a un abogado. Le dio un mes de plazo para hacerlo, pero ella se negó: “Proceda de acuerdo con su conciencia. No pienso defenderme, no creo en los abogados”, le dijo. Su insensatez me desesperó. ¿Por qué tenía que actuar siempre como una estafalaria?

A la mitad de la siguiente mañana se presentó Miguel. Venía desconsolado.

—Tía, llama a mi padre y dile que no llevé a tu nieta al boliche —suplicó.

Mi abuela Pilar permaneció muda, fumando con gesto cínico su cigarrillo rubio y mirándonos con desafío.

—¡No lo hará! Odia a los jóvenes. ¡Nos odia! Nuestro único pecado es ser hijos de su hermano y de su hijo, por eso nos calumnia —acusé en voz alta, armándome de valor.

—No sé qué lío tan puerco se traen ustedes dos —contestó mi abuela, mirándonos primero a uno y luego al otro.

Miguel se dejó caer en una silla. Parecía aplastado por la desdicha; llevaba la camisa arrugada.

—Tú sabes tía que eso no es cierto. No fuimos al boliche y mi papá me echó de la casa. Te ruego que le llames y le digas la verdad —suplicó.

—¡Yo le voy a hablar! —dijo con decisión.

—Tú no vas a hacer nada. Vamos a esperar a que llegue tu papacito para aclarar lo que te traes con éste —dijo Pili con gesto amenazador.

Mi abuela siempre amenazaba; ella misma era una amenaza cuando no había testigos. Siempre admiré su capacidad para fingir frente a los extraños una especie de inocencia sufrida, humillada por mí o por Natalia o por Miguel. Si era necesario lloraba: “Mire usted, señor, soy una pobre vieja que adora a su nieta y cómo me trata...”, decía entre hipos al primer llegado. Apenas daba éste la espalda, Pili se volvía a mí con su mirada fija: “Me las vas a pagar”, decía; y Pili cumplió siempre su palabra. Esa mañana quiso golpearme y Miguel se interpuso entre las dos; luego él se sentó a la mesa, apoyó la cabeza sobre los brazos y lloró.

—No llores. No le tengas miedo a esta enana...

Me detuve, aturdida por haber pronunciado aquella palabra. “Tú serás alta como yo, vamos a nadar”, me repetía mi madre desde que era muy pequeña. Ahora que había alcanzado su estatura de un metro y setenta, me había confesado: “Tenía miedo de que salieras enana...”, lo dijo en voz baja, y yo había pronunciado la palabra prohibida en voz alta. Miguel, al escucharme, se puso de pie y desde su metro ochenta de estatura me contempló aterrado. También él sabía que no debí decir nunca esa palabra: enana. Miré a Pili, impávida, sentada y columpiando los pies calzados con chancletas, mientras aspiraba el humo de su cigarrillo. No tenía rostro de enana. La contradicción entre su cabeza pequeña, de facciones regulares y la enormidad de su cuerpo enano era lo que la volvía tan temible. Su gordura y su estatura eran anormales, planteaban misterios insolubles. Su absoluta quietud y su mirada gris y fija me produjo un pánico repentino.

—¡Vamos al boliche! —le dije a Miguel.

Desafiar a la enana era la única manera que encontré para romper su hechizo. Miguel se puso de pie; también él temía quedar bajo la mirada de su tía Pili, que lo inmovilizaba, como nos inmovilizaba a todos. No teníamos dinero y me dirigí a la cocina; abrí el cajón de la mesa, lugar donde guardaban el dinero para las compras, y tomé unos pesos. Miguel me siguió como a pesar suyo. La calle todavía estaba húmeda por la lluvia persistente de la víspera, y ni él ni yo teníamos ganas de ir al boliche. Las aceras rotas se hallaban cubiertas de fango, y del parque emergían las copas frondosas de los árboles. Caminamos abrumados a sabiendas de que el peligro se había convertido, a partir de la palabra “enana”, en un hecho terrible. ¡Pili no perdonaría nunca el adjetivo!

—Ya debe haber llamado a mi padre... —dijo Miguel.

—También al mío... —contesté.

Y continuamos caminando sin rumbo. “Todo lo que hagas estará siempre mal hecho, por eso es mejor que hagas su voluntad”, me había dicho Natalia. Y ella, que había cumplido siempre con la voluntad de Pili, se hallaba en una situación peor que la de Miguel o que la mía. Para consolar al muchacho le dije lo que pensaba de mi madre y de su obediencia estúpida. El me escuchó en silencio, después comentó en voz alta:

—Si ella se negó a hablar con mi padre para confesar que había mentado, no volveré a mi casa...

—Puedes ir a refugiarte con algún amigo —le aconsejé.

—Nadie quiere problemas, Irene. ¡Nadie!

Remedios, su madre, no tenía dinero que darle. El sistema de la casa de Miguel era el mismo que imperaba en la mía: Alfredo controlaba el dinero, pagaba todas las cuentas, y por las manos de Remedios no pasaba un céntimo.

No pude menos que reír.

—¿Alfredo pretende también que tu madre lo roba? —le pregunté.

—¡Claro! Y no sólo ella sino todos nosotros... si pudiera irme con mis hermanos...

Sus hermanos habían huido a los Estados Unidos, en donde trabajaban como camareros, pues Alfredo, por consejo de Pili, se negó a pagarles una educación. Le confié que la víspera mi padre había querido echar a la calle a mi madre y a mi abuelo moribundo, y Miguel se detuvo asustado.

—¡Qué malos son! ... ¡qué malos! Sólo tú y yo sabemos hasta dónde llega su maldad. Pero, ¿quién puede creernos? ¿Quién ha creído a mi madre?... —preguntó desesperado.

Nadie nos creería: Pili gozaba de una impunidad absoluta para cometer sus crímenes y esa impunidad residía en la complicidad de los demás. ¿Qué ofrecía a cambio mi abuela? Nada sino el mal ejercido sobre seres inocentes, y los demás amaban el mal, aunque no se atrevieran a ejercerlo. En silencio, habían permitido que se ejerciera la violencia absoluta en contra de Remedios y en contra de mi madre, que ofrecían belleza y gracia. Remedios estaba terminada, pero sobre su silueta alta y su rostro pálido flotaban restos de una belleza frágil y delicada. Mi madre era luminosa, aunque estuviera próxima a extinguirse como una hermosa llamarada. Fue ese día, en medio de los árboles húmedos, cuando supe que Pili estaba poseída por algún ser minúsculo y perverso que le inspiraba aquellos gestos impíos, y recordé al insecto oscuro que vivía en el cuarto de baño de su casa. Era pequeño, como un tomate, se enderezaba como una persona, miraba y corría a esconderse en una rendija que yo no había logrado descubrir. Para aliviar el terror que me inspiraba cuando me veía con sus ojillos pequeños y saltones, le puse un nombre: “El Gigante”, y me quejé con mi padre de aquel bicho. “Yo no lo he visto. Estás completamente loca”. En cambio, Cuca lo conocía bien y se negaba a matarlo con una escoba. Yo llamaba a la sirvienta, aterrada, pues El Gigante me miraba desde el piso de mosaico azul cuando yo tomaba la ducha.

—No hace nada —me decía la india mirándome con los mismos ojos del insecto.

Tuve la certeza de que aquel bicho era el alma gemela de Cuca, y que entre ambos y mi abuela existía un pacto secreto. “El mal es algo pequeño”, me dije esa mañana, asustada ante el recuerdo del insecto amigo de Cuca y de mi abuela. A nadie, ni

siquiera a Natalia, le había hablado de mi descubrimiento; no sé por qué tuve la necesidad de decírselo a Miguel.

—En su casa está un demonio minúsculo. Vive en el cuarto de baño -le dije.

Miguel me miró con sus ojos rubios y no pareció sorprendido.

—Lo he visto muchas veces —me contestó con simpleza.

Entonces, yo fui la sorprendida.

—Sí, vive allí desde que yo era niño. Salía a verme cuando entraba al baño. Una vez quise matarlo con un palo y se detuvo y me miró de tal manera que el palo se me cayó de la mano —me explicó.

—Se parece a una araña... —dije.

—No es una araña. Tiene una cabeza muy grande y un cuerpo largo. ¿Has visto sus patas? Tienen dedos...

Sí, el mal era la pequeñez. Algo minúsculo poseído de una fuerza diabólica, capaz de engendrar todos los daños. Algo oscuro, móvil, veloz, visible sólo para los condenados a sufrirlo; y decidí no regresar a la casa de mi abuela. El bicho podía meterse en mis sueños o subir al sofá rojo y colocarse sobre la almohada. Tal vez podía matarme.

—¿Crees que es venenoso? —le pregunté a Miguel.

—¡Muy venenoso! —contestó.

Continuamos caminando sin rumbo. Nos dimos cuenta de que ya hacía mucho rato que había pasado la hora de la comida y de que andábamos muy lejos de la casa de Pili. No teníamos adónde ir, nos sentíamos abandonados y a medida que pasaba el tiempo aumentaba nuestro pánico. Me volví hacia Miguel y vi su rostro envejecido prematuramente.

—No quisiera que mi padre me echara de la casa; mi pobre madre se quedará tan sola...

Recordé a Remedios trabajando en las cocinas de los restaurantes y luego encerrada en su casa, adonde yo nunca había entrado. No hablaba con nadie y nadie la nombraba. Remedios no existía; así lo decretó mi abuela. “¿Por qué no viene nunca?”, pregunté varias veces en la casa de Pili. “¡Esa! ... ¡Esa desgraciada! ... ¡Ladrona! ¡Prostituta!... Pobre hermanito mío...”, contestó mi abuela con gesto alterado, para suavizar la voz cuando nombró a “su hermanito”. Me pareció anormal el amor de Pili por su hermano y por su hijo.

—Está cegada —le dije a Miguel.

—No. Está poseída —me contestó el muchacho.

Ya era de noche y ninguno de los dos habíamos decidido nuestras vidas. Teníamos hambre y entramos a una taquería a comer un bocado y beber una Coca-Cola. Era demasiado tarde para echar marcha atrás y regresar a la casa de Pili o a la casa de Alfredo. Decidí ir a la casa de Natalia, aunque era un acto atrevido que podía traernos consecuencias graves, pero no teníamos otro recurso.

Caminamos largo rato meditando sobre el paso que íbamos a dar y llegamos muy tarde al edificio donde vivía mi madre. Eran las once de la noche cuando Lola nos abrió la puerta y nos hizo entrar al salón, en donde sólo había una lámpara de porcelana blanca encendida, junto a la cual se agrupaban mi madre y hermanos. Mi tía Ana levantó la cabeza de cabellos cobrizos y nos miró con sus ojos almendrados. La vida la había tratado con dureza y sus rasgos delicados contrastaban con sus manos enrojecidas por el trabajo. Había sido la belleza de la familia y guardaba un cuerpo esbelto, incapaz de disimular la enorme fatiga que caía sobre ella como un fardo. Vista desde cierta distancia parecía una adolescente, aunque era preciso decirlo: una adolescente con ropas muy usadas. A ella tampoco la compadecía nadie. Era distinta a los demás, y sus valores, aunque deformados por el esfuerzo de adaptarlos a la vida cotidiana, contraria a su naturaleza y a su pasado, permanecían opuestos a los de la gente que formaba el círculo de su marido. “¿Ana? Está loca” decían con petulancia las esposas de los amigos de su esposo. Ana se puso de pie y se llevó un dedo a los labios. Los demás permanecieron quietos. ¿Qué sucedía? Lola, la criada, nos trajo un café caliente.

—Tu abuelito se puso muy grave... Tu papá ha estado llamando —nos explicó la sirvienta.

Miguel y yo guardamos silencio, y mi tío Eduardo nos hizo una señal para que ocupáramos un lugar en el sofá. Eduardo era el menor de la familia de mi madre y también, según mi padre y los amigos, estaba “loco”. Sumido en un sillón, con los cabellos rubios y lisos peinados con esmero, miraba a sus hermanas con aire aterrado. Él, como toda su familia, vivía poseído por el miedo. Yo había notado que cuando cruzaba el salón lo hacía casi de puntillas y que en presencia de mi padre únicamente sonreía. Cuando alguna vez comió en mi casa, antes de que Gerardo se mudara con Pili, mi tío asentía a todas las afirmaciones de mi padre y procuraba no hablar con Natalia para no herir la susceptibilidad de mi padre, que se ofuscaba de ira cuando sorprendía a mi madre riendo o charlando con “su secta”, como él llamaba a la familia de mi madre. Yo provoqué en una ocasión una escena tremenda: al entrar al salón besé primero a mi tío Eduardo que se hallaba de visita, y este gesto espontáneo causó

una riña espectacular entre Natalia y Gerardo, quien me acusó de estar bajo el influjo pernicioso de “esa gente”. Durante la discusión, mi tío Eduardo no dijo una palabra, y a la hora de comer apenas probó bocado. Me di cuenta de que temía a mi padre y su cobardía me llenó de vergüenza. ¿Para qué le servían sus bellas maneras, su prudencia y su cortesía? Todo eso que deberían haber sido virtudes se convertían en defectos imperdonables frente a la seguridad de Gerardo para afirmar sin ningún pudor sus principios, que borraban por decreto los principios y creencias de los otros y principalmente los de Natalia y su familia. Tal vez mi tío Eduardo resultaba la persona más patética de los hermanos de Natalia: casado con una mujer de clase media baja, había tenido que adaptarse y tratar de pasar inadvertido; para ello usaba cazadoras, bigote y ungüentos para oscurecerse el cabello. Según los parientes de su esposa el hombre debía ser gordo, oscuro de piel y pendenciero. Ante la mirada mestiza de su esposa, Eduardo temblaba como temblaba ante mi padre. Eduardo debía ser otro, ya que a él jamás lo entenderían. Sus niños eran peligrosamente rubios y crecían asustados como él. “Es un cobarde”, me dije al verlo aquella noche. Eduardo pareció adivinar mi pensamiento, me pasó la mano por los cabellos y saludó con afecto a Miguel. No preguntó nada. Tampoco Natalia o Ana lo hacían; aceptaban las conductas ajenas con discreción. Yo le agradecía a Eduardo el que me hubiera enseñado a bailar y que me cubriera siempre de elogios desmesurados en los que él creía firmemente. Sentía un afecto especial hacia él y su cortesía, y si me enojaba su mansedumbre era que yo sí sabía que sería su tumba. Traté de no mirarlo...

Sentada frente a sus hermanos estaba Natalia, que los veía como si jamás los hubiera conocido. Le parecía increíble que aquellos dos fracasados que esperaban callados la muerte de su padre, fueran sus hermanos. Se hubiera dicho que seres ajenos a ellos se hubieran posesionado de sus cuerpos. ¿Qué había sucedido? Los observé como si visitara un futuro infernal reflejado en un espejo deformante. ¿Qué harían si moría su padre? No lo habían pensado nunca, aunque existió siempre la posibilidad de que alguna vez sucediera aquella catástrofe remota. Antonio era la energía que les impedía hundirse totalmente en los pozos oscuros de la ciudad inhóspita a la que no lograron controlar y que ahora los empujaba a sus esquinas sucias y burlonas. Sin la mano de su padre caerían inevitablemente en la abyección. En el armario colgaba un traje inglés roído por el uso, y sobre los libreros algunas fotografías de niños y personas mayores muy rubias y vestidas con elegancia, que habían sido ellos y sus familiares. El traje inglés y las fotografías llegaron a la casa de Natalia con la agonía de mi abuelo Antonio; Desde las fotografías, sus mayores y ellos de niños, miraban a

los tres hermanos ateridos de miedo. “¡Esos que los miran fueron ellos!”, me dije asustada. También los miraba Antonio con su mirada brillante y el cuello blanco del frac. No podía abandonarlos en el terror de la ciudad, hostil a sus valores.

Lola trajo el café y Natalia se dirigió a Miguel, que mudo presenciaba la escena, sintiéndose inoportuno.

—¿Y Remedios? —preguntó mi madre en voz baja.

El muchacho hizo un signo de que estaba bien y guardó silencio.

“Sí, mamá, me pondré los calcetines de lana para ir al parque...” Era la voz de mi abuelo que murmuraba en su habitación. “Llueve, llueve mucho... estuve bajo unos arbustos, pero llueve tanto que estoy empapado... no, no tengo frío...”

Guardamos silencio para no interrumpir el diálogo de mi abuelo con su madre. De pronto, en el salón sopló un viento húmedo y vi cómo se deslizaba un parque e invadía la habitación. En el parque, sentado en una banca de piedra colocada bajo unos arbustos, estaba un niño de flequillo rubio, que era mi abuelo Antonio. El viento y la lluvia nos salpicaron el rostro. Una mujer con una cofia blanca recogió al niño. “¿Por qué?”, preguntó mi abuelo desde el sillón de su cuarto. “¡Ah, me espera mi madre!”, dijo sonriendo y el niño se acercó a una señora rubia que lo esperaba en la puerta de una casa de piedra. La señora rubia estaba en una fotografía y era mi bisabuela. Todos escuchamos aquella conversación llevada en un caminillo de grava mojada y oscurecido por las ramas frondosas de los árboles. Después, todo volvió al silencio y mi abuelo pareció regresar de aquel día infantil, y sólo quedó el perfume de la lluvia en el salón.

—¡Qué bien huele aquí! Se diría que hay castaños y manzanos en el cuarto... — dijo mi abuelo con voz clara.

El timbre de la puerta llamó agitado y rompió el hechizo. Era una amenaza inesperada y de pronto vi frente a mis ojos la mirada iracunda de mi padre.

—¿Qué haces aquí? ¡Mi pobre madre se ha vuelto loca buscándote!

Natalia y sus hermanos se pusieron de pie y fijaron en mí sus ojos aterrados, mientras que Miguel enrojeció hasta la raíz de los cabellos y miró a su primo con los ojos muy abiertos.

—¿Y tú?... ¿tú?... —preguntó mi padre estremecido de cólera.

En unos minutos nos encontramos en el automóvil de Gerardo rumbo a la casa de Pili. Escuché una orden dada a Pancho:

—¡Deténgase aquí!

El auto se detuvo y mi padre abrió la portezuela y le indicó a Miguel que bajara del vehículo en esa esquina. Vi al muchacho de pie en el borde de la acera sin saber adónde dirigirse, y me hundí en el asiento. Tenía más suerte que yo: lo dejaban libre; en cambio, yo debía enfrentarme con Pili, con Cuca y con aquel insecto cuya presencia en la casa le constaba también a Miguel. El regreso fue mudo y cargado de violencia. Pili se plantó frente a mí fumando colérica, y permanecimos así durante más de una hora, mientras mi padre masticaba ruidoso la lechuga de su ensalada. Nunca entendí las crisis de odio que sufría Pili ante mi persona; sus ojos pétreos no permitían conocer sus intenciones, únicamente sus gestos contenidos y vulgares me indicaban la medida de su cólera. Me entregaron al sofá de terciopelo rojo, comprado por el último marido de Pili, y a través de las sombras vi los ojillos del insecto paseando sobre los entrepaños de los libreros, rodeándome, mirándome con fijeza como si tratara de embrujarme. Sus saltos repentinos y veloces eran peligrosos; me recordaban la increíble velocidad de mi abuela para correr y abrir el bolso de Natalia o el cajón de algún escritorio de la casa de Natalia. Yo la había sorprendido muchas veces en aquellas maniobras y me sorprendía más su velocidad para correr que el hecho de hurgar en la intimidad de mi madre. “El Gigante” debía guardar una íntima relación con Pili o quizás algún parentesco extraño: los dos miraban con fijeza, los dos aparecían siempre en los momentos menos deseados, los dos eran amantes de fisgar y los dos poseían aquella cualidad de la velocidad increíble... y los dos infundían terror. Miguel estaba lejos de ese bicho, en la calle lluviosa, fumando para entrar en calor, mientras que yo, encerrada en aquel cuarto parecido a una caja fuerte, me asfixiaba y cuidaba que aquel insecto terrible no saltara a mi almohada. El día había sido largo y cargado de desdicha, y la noche era la continuación normal e interminable. ¿Por qué no me dejaron con Natalia?...

—Te voy a domar, chiquita —me había dicho mi padre en el trayecto, una vez que Miguel bajó del auto.

“Te voy a domar, chiquita”, era una frase que presidió mi infancia. La frase iba entonces dirigida a Natalia e invariablemente me hacía pensar en los circos a los que me llevaba mi madre. El león de cabellera rubia era ella, Natalia, y el domador de botas altas y látigo en la mano era él, Gerardo. La amenaza me resultaba tan absurda como casi todas las cosas que sucedían en mi casa. Ahora la frase venía dirigida a mí y pensé que mi deber era impedir “la doma”. Para ello debía escurrirme, volverme casi un ser invisible y veloz como el mercurio. Natalia había intentado un sistema defensivo y de ella no quedaba nada. Nada sino unas maneras repetidas

mecánicamente y una risa también mecánica. Sí, Natalia estaba domada. La acción de la víspera era una prueba: mi madre no tenía ni siquiera ganas de defenderse y si todavía gozaba de techo era debido a la cortesía del señor 'Mondragón, el propietario del edificio. El Gigante estaba frente a mí y noté que tenía algún parecido con el Gran Rioja, aunque el insecto careciera de los labios abultados de aquel abogado tramposo y cómplice de Gerardo. Me pregunté cuál sería su recompensa, y los ojillos redondos del insecto brillaron como chaquiras negras. Era inútil tratar de dormir con aquella presencia pequeña y amenazadora del Gigante.

Por la mañana el insecto estaba frente a la bañera, cerca del toallero. Lo vi y salí huyendo. En la casa todo seguía quieto: mi padre dormía, mi abuela esperaba atenta el minuto en el que su hijo abriera los ojos para llevarle la bandeja con el primer jugo de naranja. Él lo bebería en la cama, después le llevaría los diarios y, mientras les echaba el primer vistazo, Pili prepararía la bandeja con los huevos fritos, la salsa de tomate, el pan tostado, la mantequilla, la mermelada y el café con leche. Yo ya estaba sentada en el cuarto comedor en donde pasaría el día entero esperando. Mi padre, después de salir, volvería al amanecer y yo continuaría esperando su vuelta en el cuarto comedor, según las reglas instituidas por mi abuela. Así vivió Natalia varios años y así vivía yo, su hija. Apenas muriera mi abuelo Antonio no volvería a ver a mi padre. Es decir, lo vería sólo en las ocasiones en las que él dispusiera de la casa de Natalia para recibir a sus amigos.

Entonces, llegaría unos minutos antes que sus invitados para comprobar que todo estuviera listo y en orden. Natalia, vestida con algún traje escotado, esperaría la llegada de Gerardo con aire indiferente; luego llegarían los invitados. Yo, desde mi habitación, escucharía el rumor de sus voces y, cuando ya todos se hubieran marchado, vería entrar a Natalia. Mi madre se pondría en ropa de dormir con aire pensativo, fumaría un cigarrillo, haría sus oraciones y se dormiría apaciblemente. Sí, la habían domado. Su conducta era bastante indigna.

Pasaron dos semanas idénticas y yo sentí que empezaba a volverme loca. El cuarto de baño me producía terror: grande, con un tocador de espejo enorme que reflejaba los innumerables pomos de cremas, frascos de perfumes, lociones, polvos, lápices de labios y coloretes de mi abuela. La bañera, colocada bajo una ventana enrejada y de vidrios esmerilados, y, sobre una pared, enormes manchas de humedad. Sabía que apenas intentara tomar la ducha de agua casi fría, el bicho iba a aparecer a grandes carreras para colocarse sobre los mosaicos. Tenían razón los cuentos de hadas: en las casas de las brujas malignas vivían seres perversos que originaban desgracias. Ese bicho

era el testigo y el instigador de lo que sucedía. Era, además, la liga entre Pili y Cuca que, a pesar de ser muy diferentes físicamente, pensaban y actuaban exactamente igual. Cuando una de las dos se ausentaba, quedaba la otra para mirarme, y si me hallaba lejos de las dos aparecía el bicho. Pensé que debía buscar a Miguel para que matara al Gigante a palos. “A palos” y era apenas del tamaño de un tomate chico... bueno, de un pisotón. Si ese insecto moría, mi abuela perdería su poder sobre los demás, “su poder maléfico”, me dije, pero no salí en busca de Miguel. No podía moverme de la silla del cuarto comedor; había perdido el apetito y me era indiferente que amaneciera o que oscureciera. Además, en esa casa semisubterránea era casi imposible saber la hora y, si veía el reloj, la hora no significaba nada, ya que la luz de la lámpara de las violetas de porcelana gruesa siempre era la misma. Me hallaba en una indiferencia completa y sólo se me ocurría envidiar a mi abuelo Antonio, que iba a morir. Hasta entonces, yo había ignorado que la vida fuera tan terriblemente larga. ¡Nunca terminaba! Y lo que era peor, el miedo de Natalia se me había contagiado y todas las personas me producían pánico. Ahora la palabra “pánico” estaba unida a mí para siempre.

—Vamos a dar una vuelta —me ordenó mi padre una tarde.

Obedecí sin chistar y no pregunté por qué dejó a Pancho en la casa y él tomó el volante del automóvil. Dio varias vueltas por la ciudad y al final se detuvo en un camino del Bosque de Chapultepec; me miró con ojos trágicos y dejó caer la cabeza sobre el volante. Después se enderezó y volvió a mirarme.

—¡Yo soy Zhivago!... —me dijo con voz entrecortada.

Lo miré sin comprenderlo. Me explicó que había leído la novela de Pasternak y que se identificaba con el personaje. No me asombró; era su costumbre reconocerse en los héroes de los libros que leía. Guardé silencio.

—Tu madre es Lara... y la he perdido para siempre. ¡He perdido a mi conciencia!... —exclamó sollozando.

Estaba acostumbrada a sus crisis y me empeñé en guardar silencio; además no había leído la novela e ignoraba quién era Lara.

—Dime, Irene, ¿qué es el alma rusa?... quiero saber qué cosa es el alma rusa... —dijo llorando.

No pude contestarle. Ahora me salía con “el alma rusa”. ¿Por qué si lloraba por Natalia la perseguía como a su peor enemigo? Yo había escuchado sus conversaciones con Pili y con el Gran Rioja para aniquilar a mi madre. Había visto con horror el vacío que Gerardo formaba poco a poco alrededor de ella, dejando caer frases mortales

entre los amigos, y me sentía perdida; mientras que Natalia permanecía impassible. Yo sabía que nunca la había querido; la rigidez de su trato en la intimidad de la casa me había producido escalofríos desde mi primera niñez, y ahora, en esa tarde fugitiva, lloraba por ella como ya lo había hecho muchas veces. “Tal vez llora para impresionarme...”, me dije.

—Y sí tanto la quieres, ¿por qué no te divorciaste de ella para que se fuera con Juan? —le pregunté con dureza.

—Juan es un Don Juan sudamericano. ¿Entiendes lo que eso significa? Yo quise protegerla —me contestó con voz dolorida.

Me explicó que Natalia carecía de toda experiencia y que en manos de ese “individuo cazador de fortunas” mi madre se hubiera convertido en un harapo, en una prostituta. Él se había limitado a ayudarla y ella rechazó su ayuda, encerrándose en el silencio. Le creí. Esa era la verdad y mi madre no quiso darse cuenta, prefirió seguir creyendo en ese amor desgraciado. Yo sabía que dos o tres veces por semana le llegaban cartas de Juan y se lo dije a mi padre.

—Todavía se escriben mucho...

Él me miró a través de sus lágrimas.

—No se lo perdonaré nunca. ¡Actuó como una sirvienta! —exclamó con ferocidad.

Y volvió a reclinar la cabeza sobre el volante. Le dolía Juan... “y es un gran amigo de Alberto”, pensé.

—¿Y Alberto? —le pregunté.

Mi padre se echó a reír.

—No tiene importancia... ninguna importancia. Alberto es un hombre ¡magnífico! No trates de hablar mal de él; es mi amigo —dijo con voz severa.

Quise indignarme, pero preferí callar. “Alberto es su Amigo”. Recordé las escenas de Alberto en el salón de mi casa y su presencia continua y no solicitada. Recordé a Natalia inclinada, escribiéndole a Juan con aplicación. Ahora, mi padre acababa de decirme que Juan no la quería y me sentí confundida. Entonces, ¿por qué continuaba escribiéndole con regularidad?

—Le divierte. Natalia es muy inteligente y sus cartas son siempre graciosas— aseguró mi padre.

¡Pobre Natalia! Era verdad que nadie la había amado; era demasiado guapa y ahora se hundía a gran velocidad debido al engaño de Juan y a que mi padre no la perdonaría jamás.

—¡Divórciate de ella! —le dije con tono severo.

Gerardo me miró rencoroso; no, nunca se divorciaría y al final los dos volverían a vivir juntos, cuando ya fueran viejos. ¡Cuando ya fueran viejos! Siempre me decía lo mismo en los momentos de sus confidencias. Y mientras eso ocurría yo estaría allí para escuchar sus quejas. Era irritante que nunca pensara en mí, que era la única joven de los tres. Me aburrió su frivolidad. ¿Acaso no veía que su cuerpo se derrumbaba en la barriga y en los hombros? Cuando menos, Natalia evitaba hacerme confidencias.

—¡La voy a doblar! —dijo golpeando con su puño débil el aro del volante.

Se equivocaba: Natalia no se doblaría, porque ya estaba rota. Traté de explicárselo, pero él me calló con violencia y partimos del bosque a gran velocidad. En el camino de regreso decidió que yo era la culpable de que él hubiera perdido a “su conciencia”. Ahora llamaba así a Natalia y debía encontrar algún culpable.

—¿Yo? —pregunté asombrada, y pensé que estaba loco.

—¡Tú! Me las pagarás, chiquita —contestó.

La palabra “chiquita” en labios de mi padre siempre era una amenaza, y preferí guardar silencio. Al llegar a su casa ya se había consolado de “haber perdido a su conciencia”, me miró divertido y me dijo:

—Siempre fue muy puta. ¿Sabes lo que hacía?...

—¡Ya no quiero oírte! —le grité, y me bajé corriendo de su automóvil y entré a la casa de su madre. Las conversaciones con él siempre me dejaron confusa. Desde que era yo muy niña acostumbraba sacarme a dar una vuelta para culpar a Natalia de terribles pecados; después de aquellos paseos prefería no ver la cara engañosa y risueña de mi madre y trataba de esconderme en mi habitación. Ahora, en el cuarto comedor estaban Pili y su hermana Angustias.

—¡Cómo se parece esta niña a su madre! —exclamó Angustias al verme.

Ocupé una silla para escuchar el ruido de la conversación. Yo sabía que en cuanto Pili se descuidara, la vieja Angustias se acercaría a mí para advertirme de algún peligro.

—¿Qué piensas hacer cuando tu abuelito haya muerto? —me preguntó en un descuido de Pili.

La pregunta me cayó de sorpresa y no supe qué decir. Pili volvió inmediatamente y la pregunta de Angustias me dejó preocupada. También ella era gordísima y su

cuerpo enorme, cubierto por una bata de cretona, era un enigma increíble: ¿cómo se podía llegar a ser tan gordo? Natalia tenía razón en vigilar estrechamente las dietas de Gerardo y en obligarlo a hacer largas caminatas. De pronto tuve miedo: ¿y si yo heredo esta gordura deforme? Vi salir a Pili rumbo a la cocina y Angustias se precipitó a decirme:

—Miguel está trabajando de camarero en un café del centro.

Su voz era maliciosa y quise preguntarle en cuál café para ir a buscarlo, pero no tuve valor; podía ser una trampa ideada por mi abuela. “Cuando se suicidó, tu abuelito Gerardo se peleaba mucho con Pili y con tu papacito...; luego tu pobre mamá les sirvió de almohadilla de choque. ¡Pobre, era tan jovencita!”, volvió a repetir, y tuve la seguridad de que me hablaba en clave. Sus palabras iban acompañadas de miradas significativas. Hubiera deseado hacerle algunas preguntas, pero sabía que no iba a contestarlas. Quería que yo adivinara un pasado celosamente escondido. Angustias abría una rendija y la cerraba inmediatamente, asustada de su acción. No me diría nada más acerca del suicidio de mi abuelo Gerardo, como tampoco me diría en cuál café trabajaba Miguel. Si lo hacía, le cerrarían el paso a la casa de Pili, y ella deseaba continuar como testigo de lo que ocurría en aquel lugar. La vieja Angustias era un archivo sellado.

Me prometí escapar algún día y sostener con ella una conversación larga y aclaratoria, que abriera aquel absceso que era la casa de mi padre. Tal vez la podredumbre saldría con violencia para siempre y yo podría vivir. Angustias me miraba con cierta pena.

—¿Sabes por qué te tienen aquí?... —dijo con voz precipitada.

No contesté. Pili, con el cigarrillo colgando de una esquina de la boca, volvió chancleando; se sentó frente a nosotras para hipnotizarnos con sus ojos de piedra gris. Se fue Angustias y yo permanecí sentada en el cuarto comedor hasta altas horas de la noche, esperando el regreso de Gerardo. La vida continuó con la misma rutina. En varias ocasiones traté de ir a la casa de Angustias para descubrir los secretos que escondían mi padre y mi abuela, pero no tuve tiempo. Una mañana, a las siete en punto, el teléfono despertó la casa. Pili corrió excitada a contestarlo y luego se precipitó al cuarto en donde dormía su hijo.

—¡Ya murió!... ¡Ya murió!... —gritó con voz aliviada.

Me enderecé en el sofá de terciopelo rojo, con la seguridad de que mi abuelo Antonio había muerto, y miré la ventana con rejas y la puerta cerrada con barras y candados que me guardaba. La muerte de mi abuelo me libraría de aquella casa y de su maleficio. Los escuché hablar en voz baja; era mi tía Ana la que había dado la noticia.

Quieta, escuché los preparativos que hacían para ir a la casa del duelo. Cuca corrió al baño para llevar las toallas calientes con las que se envolvería Gerardo después de su largo baño y su ducha. Pili llevó de prisa la bandeja con el zumo de naranja hasta el cuarto de su hijo. Me vestí y me coloqué en el cuarto que hacía de comedor, a esperar. De pronto apareció mi padre frente a mí con los cabellos rizados en desorden.

—No te aflijas. Tu abuelo ya era muy viejo, la muerte es algo completamente natural —me dijo con suavidad.

No contesté. Seguí observando el ajeteo de las mujeres que lo atendían. Él pareció preocuparse, me miró con atención, como si fuera ésta la primera vez que me viera.

—Mira, para compensarte, te llevaré a una recepción el lunes. Tu abuelita Pili se encargará de comprarte el vestido.

Pili avanzó hasta mí con aire consternado, me pasó la mano por los cabellos y sonrió con dulzura.

—Sí, hijita. No llores, eres una niña. Mira, mañana, después del entierro, iremos a buscar un traje de fiesta para ti. No creo que tu mamacita se oponga, ¡ya has sufrido bastante! Sí, has sufrido demasiado, con tanta locura que hay en tu casa...

Me sentí confundida y enrojecí con violencia, invadida por sentimientos contradictorios. La muerte de mi abuelo me liberaba de vivir con Pili y con Gerardo, que ahora no me parecían tan diabólicos. Tal vez los había juzgado injustamente y en realidad me tenían afecto, ya que su primer pensamiento era el de consolarme. La promesa de un traje y de una fiesta me distrajeron del hecho misterioso de la muerte de mi abuelo. Nunca había visto a un muerto, y la muerte era un hecho lejano que en realidad era poco probable que ocurriera, aunque era seguro que todos éramos mortales. Me sentí invadida por una melancolía repentina y me rehusé a pensar en Natalia. De pronto, la mirada de mi padre me sobresaltó.

—¿Por qué me invitas ahora si nunca has querido llevarme a una fiesta? —le pregunté inquieta.

—Eres una niña y me opongo a que tu madre te arrastre a la desesperación de su duelo. La conozco —dijo, mirándome de frente.

Estaba acostumbrada a escuchar de sus labios que Natalia estaba loca y que me arrastraba a su locura, y ahora, ante el misterio de la muerte, me dio temor; no sabía cuál iba a ser su reacción. Guardé silencio y aproveché el momento en que mi padre entró al cuarto de baño para escapar a la calle y dirigirme a la casa de Natalia. Al enfrentarme con su palidez mortal, apenas logré reconocerla. No me dijo nada. En la casa reinaba un aire apacible, como si un viento suave hubiera barrido el dolor

insoponible de unos minutos antes. Entré a la habitación en la que yacía mi abuelo muerto. ¿Muerto? No lo creí. Acostado y muy pálido, parecía sonreír ligeramente. Cerca de la cama había una palangana llena de sangre. Rezando, arrodillados frente a él, estaban mis tíos Ana y Eduardo y mi abuela materna. Sólo mi madre permanecía de pie, sin llorar y sin rezar. Llegó Tomás, un médico y uno de los pocos amigos que Natalia había conservado en el torbellino del escándalo que la envolvía. Tomás se acercó a mi abuelo.

—Sí, Natalia, tu padre está muerto —dijo con voz solemne.

—Voy a arreglar el entierro —contestó ella.

No quiso mirar a sus hermanos, que continuaban de rodillas como si un rayo los hubiera abatido. Salió acompañada de Tomás y yo los alcancé en la calle. Subimos al viejo automóvil del médico fracasado.

La agencia funeraria era un gran edificio de lujo, hecho de mármoles, cristales y bronce. Parecía un banco importante. Los empleados iban vestidos de luto, muy elegantes, y vi que Natalia se sintió perdida cuando algunos la abordaron. No supo qué decir. ¿Cómo se arreglaba un entierro? Tomás salió en su auxilio, sacó su recetario y extendió un certificado médico: “Paro cardíaco”. Parecía preocupado con la actitud ausente de Natalia. Junto a nosotros había grupos de personas enlutadas que hablaban en voz baja y que buscaban féretros. ¡Era muy extraño, casi un sacrilegio, que alguien más que mi abuelo hubiera muerto en ese día! Dos empleados nos llevaron a un salón para mostrarnos las cajas en las que terminamos todos. Las había grises, doradas, con asas de bronce y adornos de metales. Natalia escuchó los precios de aquellos ataúdes faraónicos.

—No sabía que morir era tan caro... —dijo atónita.

No tenía dinero y a sus hermanos les ocurría lo mismo. No podría enterrar a su padre. El sol que entraba por los cristales de las enormes ventanas le produjo náuseas, y buscó apoyo en el mostrador de mármol. Nunca imaginé que alguien pudiera ponerse tan pálido. El empleado acudió a ella solícito, mientras que Tomás fingía ocuparse en un papeleo importante y revisaba su maletín de médico sin dinero.

—¿Desea algo más barato? ... ¿Un entierro completo?

—Sí... completo —murmuró Natalia.

—¿De primera? ¿O tal vez de segunda? ... —preguntó el empleado con cautela.

—¿Hay de tercera? —preguntó ella con voz tranquila.

—Por supuesto, señora... —afirmó el empleado, mirándola con lástima.

—De tercera clase, por favor —pidió Natalia.

Natalia entregó la papeleta del Panteón Español, firmó unos papeles y salimos. Ahora debía abrir la tumba familiar para recoger huesos y preparar el lugar reservado para mi abuelo. La tumba se abriría al día siguiente a las siete de la mañana. ¿Habría alguien presente?... Sí, ella misma, le había anunciado al empleado de la casa funeraria. Volvimos a la casa en la que mi abuelo Antonio continuaba muerto.

—¡Qué misterio! ... ¡Qué misterio! —repitió Natalia con los ojos muy abiertos.

La vi retirarse a su habitación en silencio. El timbre de la puerta de entrada sobresaltó la casa quieta. Eran mi padre y Pili, ambos de riguroso luto. Sin titubear se dirigieron al cuarto de Natalia. Entré tras ellos y vi el sobresalto de mi madre, que abrió los ojos para contemplarlos con asombro.

—Lo siento, Natalia, sé lo que para ti significaba tu padre —dijo Gerardo, y su madre repitió la misma frase.

Natalia los miró con frialdad. ¿Por qué habían venido? ¿Quién los llamó? Respondiendo a sus preguntas no formuladas en voz alta, mi padre explicó:

—Ana nos avisó... Lo siento muchísimo. Estoy tan gastado, Natalia, que no podré pagar el entierro de tu padre

—Sí, Natalia, estamos muy gastados... —confirmó Pili.

—¡Estoy de luto!... ¡Estoy de duelo! —contestó ella con voz extraña.

La vi enderezarse en el lecho, extender el brazo y señalar la puerta. Ambos salieron huyendo. En el salón se encontraron con Ana y con Tomás, que los miraron atónitos. Mi padre llamó con gesto severo al médico y habló con él durante unos minutos. Vi que Tomás, asustado, asentía con signos de cabeza. El amigo de mi madre tenía miedo por haber sido testigo de que Natalia echara de la casa a Gerardo y a Pili. Después del aparte con Tomás, mi padre llamó a Pili y ambos abandonaron la casa.

Los agentes de la funeraria llegaron inmediatamente. Sus uniformes grises, galonados de negro, me impresionaron. Con aire impersonal acostaron a mi abuelo dentro del féretro que traían y lo colocaron en el salón, cerca de los libreros. Lola depositó unas rosas blancas a sus pies. Natalia le puso un crucifijo sobre el pecho. Se veía muy hermoso con el pelo blanco iluminado por el sol que entraba por el ventanal y la sonrisa apenas dibujada.

No había nadie a quién avisarle de su muerte. No era nadie: sólo un extranjero muerto en una tierra que no era la suya. Vi llegar a mis primos morenos, los hijos de Ana, que se deshicieron en lágrimas. Después llegaron los hijos de Eduardo, muy rubios, y el primogénito se comió los higos que dejó mi abuelo la última noche que

vivió. Mi abuelo Antonio no había dejado nada, ni siquiera una familia, sólo a tres fracasados que ahora parecían aterrados. Natalia anunció:

—Voy a buscar el dinero para el entierro.

Ana, solitaria, se hundió en un sillón a llorar. Su figura delgada y frágil parecía rota por algún viento adverso, mientras que Eduardo, con el cabello pálido, parecía un guiñapo humano. No contestaron a Natalia. Para ellos había terminado todo y no lograban sobreponerse al miedo. ¿En dónde se buscaba el dinero? Vi salir a Natalia y volver al cabo de dos horas para contemplar a su padre muerto y enseguida volver a salir. Mi abuela materna también estaba allí, en el salón, aunque nadie notaba su presencia callada. Ana puso música de Bach y en la casa reinó un orden perfecto y una paz inesperada. Yo estaba absorta en el salón ante el misterio insondable de la muerte.

Por la tarde mi madre recordó la existencia de unos amigos alemanes de mi abuelo Antonio, y los llamó. Llegaron tres señores viejos y una señora alta y de cabellos grises, que abrazaron y besaron a Natalia como si todavía fuera una niña. Los visitantes besaron a toda la familia y ocuparon sillones en silencio.

Mi madre volvió a salir a buscar dinero, “Si no pago, no lo entierran...”, me confió en voz muy baja. Estaba muy extraña, con los ojos vidriosos y la piel pálida. Se diría que el cabello rubio tenía ahora tintes verdosos. Al anochecer llegaron tres obreros que habían trabajado con mi abuelo cuando éste poseía una fábrica y era rico. Los hombres se pusieron de rodillas y rezaron con recogimiento. Después, en silencio, se sentaron en un diván pequeño y trataron de ocultar sus zapatos rotos. La casa nunca estuvo tan bella: las rosas de Lola y los cirios ardiendo produjeron un perfume desconocido. Pronto amanecería y los hombres de la agencia funeraria llegarían a romper aquel orden precioso, pero para que esto sucediera era necesario pagar los gastos del entierro. A la una de la madrugada volvió Natalia. Sus hermanos la vieron, asustados, y ella los llamó a su habitación para mostrarles el billete para liquidar la cuenta. El señor Isaac, un amigo de mi abuelo Antonio, le prestó dinero a cambio de alguna joya, que ella se empeñó en dejarle. Fue entonces cuando Natalia se echó a llorar amargamente.

¿Cuánto tiempo lloró? No lo supe. Encogida sobre su lecho lloraba con tal ardor que la vi perdida, definitivamente perdida sin su padre. A esa hora llegó un antiguo amigo de mis padres. Me explicó que estaba en una cena con Gerardo y se enteró allí de la muerte de mi abuelo Antonio y se precipitó a presentarse ante Natalia. Era el

único amigo que había acudido al duelo. Lo vi entrar a la habitación donde sollozaba mi madre y tratar de consolarla desde su catolicismo.

—Portilla, ya nada tiene remedio. Lo desobedecí... y ahora todo está sellado para siempre... —le explicó Natalia al amigo que la miraba desde sus gafas espesas.

En efecto, ningún sufrimiento de mi abuelo podía ser compensado y el final de aquella vida silenciosa era ahora irremediable ¡para siempre!, ¡para siempre! Aquel “¡para siempre!” hacía que Natalia llorara con más desconsuelo. Habían quedado tantas cosas que nunca le había dicho... En el salón, los obreros, los alemanes y mis tíos rezaban a coro, y Lola les sirvió un café.

Vi amanecer. Muy temprano acompañé a Natalia al Panteón Español. Allí, con aire sonámbulo, buscó la tumba familiar y los enterradores levantaron la losa e hicieron un agujero, para no romper la bóveda. Ella se sentó en la tierra, con las piernas colgando sobre aquel hoyo profundo y mirando con incredulidad lo que sucedía. Desde el pozo profundo, un hombre le tendió una cabellera rubia y bien peinada, como una peluca. Natalia recibió el cabello y lo examinó absorta; era el pelo de su abuela, que había muerto con un hermoso peinado alto y dos ricitos en la nuca.

—El cabello es lo que mejor se conserva —dijo uno de los enterradores.

Los hombres juntaron trozos de huesos cubiertos de tierra y los colocaron en una bolsa de lona blanca, que le entregaron a Natalia. Esta colocó en su interior la cabellera de su abuela, cerró la pretina y entregó a su vez la bolsa a un viejecillo encargado del Panteón Español, que estoico contemplaba aquellos menesteres.

—Esta bolsa debe colocarse en el interior del ataúd de mi padre —le dijo. En silencio volvimos a la casa.

—Tú eres fuerte. Estás hecha de la madera de tu padre. ¡Sigue viva! —le dijo Portilla, que en esos momentos estaba en el salón acompañado de Tomás.

Ellos dos, los alemanes y los obreros, eran los únicos dolientes. De la enorme caravana de amigos a los que mi madre ayudó mientras vivía con Gerardo, no se presentó ninguno. Sin proponérmelo, recordé los pleitos entre ella y su marido, cuando Natalia se empeñaba en ayudar a alguno de ellos: “Un día te arrepentirás. ¡Déjalo que se hunda!”, decía Gerardo indignado. Mi padre tenía razón: ellos dejaban hundirse a Natalia. ¡Más aun!, ¡la hundían! A nadie le gustan los fracasados y ese día de San Miguel, patrono de mi abuelo Antonio, empecé a entender al mundo y reconocí que Natalia no lo había entendido nunca; por eso no la entendían a ella. Pensé que la espada luminosa de San Miguel había cortado el camino pedregoso de la vida de mi abuelo y le había abierto una rendija de luz, de cuyo resplandor

gozábamos nosotros en esos instantes. Después volveríamos a la oscuridad del lugar feroz en el que nos hallábamos, y sentí miedo. El timbre del teléfono me sacó del estupor: era Pili.

—¿Adónde fue tu mamá tan temprano? Ya he llamado varias veces...

—No lo sé... —contesté de mala gana.

—¿Fue a pedir dinero para el entierro? —preguntó.

No quise contestar y ella, irritada, continuó:

—¿Ya tiene el dinero para pagar el entierro?

—Sí, ya lo tiene... —contesté a mi pesar.

—Eres tan soberbia como tu madre, chiquita —me dijo con voz dura.

Cuando colgó el teléfono me sentí aliviada. Sentí que ahora podía llorar; en la casa de Natalia no había gavetas ni armarios cerrados con llave. No era como los sótanos habitados por Pili, cerrados como tumbas y cargados de secretos. En la casa de Pili se descomponían los cuerpos, los sentimientos, y la vida entraba en un orden maloliente. La tumba abierta de la familia de Natalia guardaba aquel pequeño haz de luz de la cabellera de mi bisabuela, ¿qué guardaba la casa tumba de mi abuela Pili?

Me pareció natural el llanto de mi tía Ana, y la música de Bach me reconfortó. Me acerqué a contemplar la quieta presencia de mi abuelo sonriendo, y descubrí que el máximo misterio era la belleza y que la casa estaba bañada de belleza con la muerte de mi abuelo. Era un grave misterio que estuviera allí y que, sin embargo, ya no estuviera. Tuve la impresión de que la muerte era sólo el paso de lo imperfecto a lo perfecto y que mi abuelo, al cruzar el umbral hacia la perfección de la belleza, había dejado tras de sí el resplandor del misterio entrevisto, que ahora flotaba magnetizando la luz, las flores y los muebles. Sólo Natalia parecía desconsolada, y apenas podía reconocerla. Súbitamente se había vuelto fea; parecía un andrajo, envuelta en su traje negro. Sus cabellos rubios eran verdosos y su boca risueña parecía estúpida.

—Ahora ya no pagas. Estás en un mundo gratuito —le dijo en voz baja a su padre.

En ese momento, y a través del ventanal, vi llegar a Gerardo acompañado de su madre. El la ayudó a bajar de su automóvil y supe que entraban al portal del edificio. No dije nada. Unos minutos después aparecieron en el salón y ambos se dirigieron a mi tía Ana. Todo sucedía en una dimensión irreal, en la que los personajes enlutados se movían llevados por una fuerza inexorable. Permanecí cerca del ventanal y vi llegar un camión negro, alto y viejo, que se estacionó frente al edificio. Luego llegó una carroza gris, de la que descendieron cuatro hombres vestidos de uniforme gris con galones negros. Los cuatro hombres aparecieron inmediatamente en el salón.

—¡Ya llegaron! —gritó Lola.

Los hombres no saludaron a nadie. Apagaron los cuatro cirios, recogieron los candelabros, los bajaron a la carroza y volvieron a aparecer veloces. Parecían muy eficientes.

—¡Vamos! —dijeron a coro.

Se colocaron uno en cada esquina del féretro y lo cargaron en hombros. Los vi salir llevándose a mi abuelo. Era terrible. Bajé tras ellos y los vi meterlo dentro de la carroza. Natalia bajó detrás de mí, acompañada de su sirvienta, Lola. Mi padre la alcanzó en la acera.

—Natalia, aquí está el automóvil —le dijo, abriendo la portezuela de su coche.

Sin una palabra, mi madre se dirigió al camión negro y con ella subieron Lola y los cuatro obreros. Mi padre, entonces, tomó del brazo a mi abuela materna, mientras que Pili cogió a mi tía Ana, y ambas mujeres se dejaron conducir al automóvil de mi padre. Yo me fui en un taxi con mi tío Eduardo y su mujer. Otro automóvil se llenó con los amigos alemanes de mi abuelo Antonio, y la carroza partió seguida por la modesta comitiva. “Dios mío, ¿esto es todo para mi abuelo?”, me dije, enrojeciendo de ira. Para mí, la muerte de mi abuelo debía conmover al mundo entero y ¡no era así! Me volví varias veces para ver a mi madre dentro del camión negro extrañamente vacío, que atravesaba la ciudad como un enorme pájaro negro.

Delante de las rejas del panteón los hombres sacaron el ataúd de la carroza y volvieron a llevarlo en hombros, avanzando con rapidez por la avenida central del cementerio, seguido por mi madre y Lola. Detrás caminaban los amigos y los familiares. La ceremonia religiosa en la capilla del cementerio pasó como un relámpago. Todo sucedía con una velocidad desconocida. Tomamos el camino situado atrás de la capilla y llegamos a la tumba abierta. De pie, al borde de aquel agujero negro, mi madre y sus hermanos parecían títeres rotos, mientras que mi abuela Margarita parecía tan vieja bajo el sol de las doce del día, que se diría un pequeño montón de despojos abandonados en un lugar extraño. Impávida, se sostenía sobre sus viejos zapatos planos. Alguien había arrojado un velo negro sobre sus cabellos blancos y no llevaba guantes. Absorta en pensamientos desconocidos, miraba cómo enterraban a su marido.

Los hombres levantaron por última vez la tapa del ataúd y mi madre colocó a los pies de mi abuelo la bolsa blanca con los huesos y el cabello rubio de su abuela. Después, los hombres clavaron la caja. No me era fácil escuchar aquellos golpes de martillo. “¿Por qué lo clavan?”, me pregunté bajo el sol de aquella mañana desierta y

soleada. Era aterrador. Bajaron la caja, echaron la tierra, y el pequeño grupo -ante la nada de la vida que termina así, clavada y enterrada sin más explicaciones- se miró desconcertado. Mi madre rompió el instante de asombro y se alejó de prisa, acompañada de Lola. Los demás la seguimos hasta las rejas del panteón, en donde el grupo se deshizo. Mi padre me ordenó:

—Tú te vienes con nosotros.

Antes de partir con él en el automóvil, vi a mi abuela Margarita, a mi madre y a mis tíos subir al viejo camión negro. Su última imagen enlutada y pálida me produjo la impresión de dejar atrás a un pequeño grupo de náufragos o de seres llegados de algún rincón desconocido, y sentí que iba a llorar. Frente a la súbita solicitud de mi padre, me sentí culpable ante ellos, aunque mi madre ni siquiera me hubiera dirigido la palabra, absorta como estaba en su pesar. Los golpes del martillo en el ataúd seguían golpeando mis oídos. Los escuché decir: “An-to-nio- ha- muer-to”. Entonces le pedí a Pili y a mi padre que me llevaran a mi casa, pues necesitaba estar con ellos. Pero mi padre dispuso lo contrario: era sábado y Pili debía llevarme a escoger el traje para la fiesta que se efectuaría el lunes. “No puedes hacerle este desaire a tu papacito”, repitió Pili con voz quejumbrosa. Me sentí copada, dividida entre mi padre que deseaba aliviar mi pena, y mi madre a la que deseaba ayudar a llevar su dolor. Callé; estaba muy cansada. Era la primera vez en mi vida que la fatiga caía sobre mis hombros como un fardo. Dejamos a mi padre frente a su oficina.

—Esta noche te llevaré a ver a tu madre —me prometió antes de bajar del auto.

Mi abuela y yo fuimos a recorrer tiendas. Pili desplegó ante mí vestidos lujosos que no pude apreciar debido al cansancio y al estupor que me invadía.

—¡Mira éste! ... ¡Mira éste!, ¡te iría tan bien...!

¿Por qué debía escoger justamente esa mañana un traje de baile si antes no lo tuve nunca? Deseaba ir a mi casa y la solicitud de mi abuela paterna, su voz cariñosa y su sonrisa humilde, me produjo un sentimiento de culpa, pero recordaba a Natalia y pensé que traicionaba a las dos. Mi abuela sólo deseaba consolarme, y yo me hallaba en una tienda, mientras Natalia... me dio miedo recordarla.

—No quiero nada, abuelita...

Ella me puso delante de los ojos un traje rojo de seda francesa. Sus pliegues caían como llamaradas de fuego; el rojo iluminó la tienda y yo sentí su calor después de aquella mañana sedienta...

—Pruébatelo... ¡Anda!... —me rogó mi abuela.

En el espejo del vestidor apareció una nueva imagen mía, desconocida y relampagueante. Hasta entonces ignoraba la blancura de mis hombros y la perfección de mi espalda. “La natación es el deporte completo”, me había repetido Natalia desde mi infancia, y yo era una gran nadadora. Los pliegues suntuosos me convirtieron en una estatua de fuego, y desde todos los ángulos del vestidor los espejos me devolvieron la imagen de una Irene desconocida. La seda roja me devolvió la vitalidad perdida: detrás de los espejos se encontraba la vida y yo, como Alicia, mi personaje literario preferido, cruzaba en ese instante el azogue para llegar al mundo de las maravillas.

—¡Se ve usted preciosa!... pero es un traje para una mujer de treinta años, y usted es una niña —dijo la voz francesa de la dueña de la tienda, interrumpiendo mi asombro.

—Si a mi nietecita le gusta... —contestó mi abuela con voz suave.

—¡Sí, sí me gusta! —afirmé convencida.

Las escuché discutir con suavidad sobre el precio del traje, que era el más caro de aquella tienda elegante. Pili se volvió hacia mí.

—Se lo diremos a tu papacito —dijo mi abuela.

Me volví a enfundar en mi blusa blanca y mi falda azul marino, que me convirtieron otra vez en una escolar insignificante, y pronto me encontré en el cuarto comedor de la casa de Pili esperando la llegada de Gerardo. Esperé en vano, ya que a las once de la noche yo continuaba aguardándolo, sentada en una silla austriaca. Hubiera querido llorar, pero la mirada fija de mi abuela me secaba las lágrimas y me impedía imaginar lo que sucedería a esas horas en mi casa. El ruido del enorme reloj de pared se convirtió de pronto en los martillazos dados en el ataúd de mi abuelo. También a mí me habían clavado y encerrado en la casa asfixiante de Pili, y aterrada me pregunté si mi abuelo tendría a esa hora la misma sensación de pánico y ahogo que yo sufría.

—¡Duérmete! No voy a velar toda la noche —dijo la voz de Pili cuando el reloj dio la una de la madrugada.

No pude dormir; los techos bajísimos y la minúscula ventana cerrada eran una tumba más temible que la de mi abuelo; cuando menos su espíritu flotaba libre... ¿En dónde? Quise imaginar el lugar azul y ligero en el que se hallaba, lejos del sótano oscuro que me asfixiaba. Desde las tinieblas El Gigante vigilaba con sus ojillos malignos. Encendí la lamparilla de luz rojiza y lo vi de pie sobre un librero, mirándome con fijeza. “Es un cara de niño, mejor no lo ataque”, me había advertido Cuca con su voz de tartamuda. Si intentaba salir del sofá de terciopelo rojo él daría un salto, y si

corría a la puerta él llegaría antes que yo; era tan veloz como mi abuela Pili... y me quedé quieta observando sus patas minúsculas dotadas de unos ,extraños dedos pequeñísimos. “Miguel debió matarlo a palos”, me dije, mientras un sudor frío me recorría la espalda. ¿Por qué el bicho no iba a vigilar el sueño de Pili? Mi pregunta era tonta: el bicho aparecía cuando ella se ausentaba. Aquel insecto maligno era su perro guardián. “Tiene un pacto con el Diablo...”, me dije aterrada, y en ese instante, como si hubiera escuchado mi pensamiento, Pili abrió la puertecilla del sótano y me miró con sus ojos de piedra.

—¿Te vas a dormir? ¡Apaga esa luz! —me ordenó.

Llevaba un camisón muy viejo y desgarrado, que apenas cubría las carnes enormes que formaban su cuerpo espeso. Era redonda; sólo la cabeza pequeña pertenecía a un ser normal, aunque sus ojos fueran espantosos. Apagué la luz para no verla y me quedé a solas con el bicho. Al amanecer oí llegar a mi padre.

Aparecieron las primeras luces del domingo y esperé hasta la una del día, hora en la que mi abuela le llevó a Gerardo su zumo de naranja a la cama.

—Quiero irme a mi casa... —dije con los ojos bajos.

—Esta noche iremos un rato... —contestó.

Estaba leyendo el suplemento cultural de los periódicos dominicales y parecía no darse cuenta de la sordidez que lo rodeaba. ¿Por qué vivía de esa manera? Como si escuchara mi pensamiento, levantó los ojos y me dijo:

—¿No te gusta cómo vivo?

Preferí guardar silencio y traté de no pensar en nada.

—Soy un modesto funcionario. No puedo despilfarrar el dinero como lo hace tu madre —dijo disgustado.

Era mejor no pensar siquiera en la manera de vivir que había escogido mi padre. Debía tener la mente en blanco. Volví al cuarto comedor a escuchar el ruido de las cañerías y el correr de la abuela para atender a su hijo. A las tres y media de la tarde nos sentamos a la mesa y mi abuela abordó el tema del traje.

—Es carísimo, pero precioso... —explicó con una voz cargada de suspiros.

Mi padre evitó el tema del traje. ¿Para qué hablar de él si la fiesta era el lunes por la noche? Con ademán ceremonioso me tendió el pliego de invitación. La calidad del papel y la elegancia de las letras trazadas con finura explicando la hora y el lugar de la recepción me produjeron un placer desconocido. Coloqué la cartulina sobre el mantel; era como la hoja de un cuaderno de música con sus pautas y notas dibujadas en tinta negra. Las pautas guardaban el secreto hermético de la música de la misma

manera que las letras de la cartulina guardaban el misterio de la fiesta. Pensé que esa fiesta podía abrir la puerta para salir al mundo y escapar del sótano de mi abuela, del temor de mi padre y del orden solitario establecido por mi madre. ¡Nunca había asistido a una fiesta! Las había visto en las películas y había escuchado el relato de las fiestas a las que había asistido mi abuela Margarita o mi madre y sus hermanos.

Gerardo se echó a dormir la siesta y yo quedé esperando en el cuarto comedor. Pensé que mi vida estaba hecha de discusiones mezquinas, puertas cerradas, maldades hechas con pericia para no dejar huella visible y, al final, el gran misterio de la muerte de mi abuelo Antonio. Mis compañeras de escuela eran felices; vivían en hogares normales, desconocían la sordidez íntima que me rodeaba. ¿Por qué yo debía vivir en dos mundos diferentes e igualmente infernales? Mi madre se encerraba en su casa y se negaba a contestar el teléfono. “Di que salí”, le ordenaba a su sirvienta Lola. Estaba asustada. ¿Por qué le tenía tanto miedo a la gente? Se había fabricado un claustro en el cual no sucedía absolutamente nada. Cuando mis compañeras de escuela me visitaban, ella sonreía y se encerraba en su habitación. “¡Qué encantadora es tu madre!”, me decían mis amigas, y yo callaba. La tiranía de la soledad impuesta por ella me aplastaba, y a veces prefería el desorden que reinaba cuando vivíamos con mi padre y la presencia continua de amigos escandalosos y sucios que llenaban la casa destartalada de gritos, colillas y platos con restos de comida. Sí, quizás su insolencia era preferible a la perfección de las cortinas, las cómodas de marquetería y las alfombras, que indiferentes oían circular los pasos solitarios de mi madre. Debía vestirme con cuidado para sentarme a la mesa, siempre albeante. Alegre, llegaba del bullicio de la calle para encontrar a mi madre vestida como para salir a una visita importante... pero jamás salía. “Tú no existes, sólo existe ella”, me repetía Gerardo, para añadir: “Si supieras quién es ella...” Sus amigos me miraban con asco o me ignoraban, y yo tenía el deber de callar ante sus insolencias. “¡Cállate!, ¡cállate!, ¡cállate!”, gritaba a Natalia exasperado cuando intervenía en alguna de sus conversaciones. Su tiranía era intolerable y recordé que yo misma acusé a Natalia de falta de dignidad por dejarse callar de aquella manera. Había algo muy extraño en el odio de Gerardo para con Natalia. ¡La obligaría a confesarme la verdad! Tomé la decisión en aquel sótano cerrado herméticamente y en el cual reinaba el terrible poder del bicho que se paseaba por el cuarto de baño y aparecía en todos los lugares en los que yo me encontraba. Pensé que el traje rojo que vendía la francesa podía incendiar la mezquindad que me rodeaba. Desde la silla austriaca que ocupaba, contemplé las vitrinas en las que mi abuela Pili encerraba ignominiosamente los cristales preciosos

de mi tía Cecilia. Cerca de ellos, Pili había colocado sombreros charros minúsculos y ciervos de porcelana burda. Unas carpetas pequeñas, bordadas con grosería con racimos de uvas moradas colgaban a los pies de las hermosas copas rojas con hojas de parra de oro, grabadas a fuego. La vista de la belleza aprisionada por la vulgaridad me encolerizó. Recordé a mi abuelo muerto. Ahora él estaba libre de las carpetas bordadas, de las flores de papel y de los ahorros; con su cabello blanco flotaba en olas de luz. Me había hablado de la música de las esferas y ahora él mismo se confundía en esas notas inaudibles, mientras que yo permanecía encerrada en aquel sótano que olía de una manera insoportable al cuerpo de Pili. Me puse a llorar con desconsuelo.

—¿Por qué lloras? —me preguntó Pili con voz disgustada.

Comprendí el terror de mi madre y quise correr a su casa y no salir de allí jamás. Por la ventana estrecha del cuarto donde yo dormía vi que ya había oscurecido.

—¿A qué hora se despertará mi papá?

—¡Déjalo que duerma! Trabaja mucho. ¡Mucho, mucho, mucho! —repitió mi abuela.

Eran las nueve de la noche cuando Gerardo se presentó frente a mí.

—Vamos a ver a tu madre —dijo.

Al entrar a mi casa me sentí aliviada. El salón estaba como siempre: con las cortinas echadas y las lámparas blancas encendidas. El brillo de los muebles y de los libros me consoló. Mi madre y mi abuela Margarita cenaban en el pequeño comedor en donde el espejo ovalado reflejaba las jarras de plata y los cristales. Sentadas ante la pequeña mesa redonda, las dos mujeres enlutadas parecían dos personajes extraños. Se diría que un viento terrible hubiera soplado sobre sus rostros y sobre sus personas. Sin embargo, nada había cambiado: ni el mantel almidonado, ni el centro de mesa en el que yacían dos rosas blancas agonizantes, ni los cubiertos de plata colocados al lado de los platos sin tocar; sólo habían cambiado los rostros de mi madre y de mi abuela, que súbitamente parecían el mismo. En silencio, mi padre y yo ocupamos dos lugares en la mesa. Natalia estaba más pálida que mi abuelo muerto. Me sentí turbada y vi que también lo estaba Gerardo.

—¿Nos invitas a cenar? —preguntó.

Natalia asintió con la cabeza. Cenamos en silencio y noté que ni Natalia ni mi abuela Margarita probaban bocado. Tampoco dijeron una sola palabra; se diría que nada ni nadie existía para ellas, Ambas vagaban como barcos inútiles después de la catástrofe. Gerardo observó a mi madre.

—Perdona, Natalia, cuando te vi y vi a tus hermanos junto a la tumba abierta de tu padre, me pareció increíble que fueran aquellos niños rubitos y poéticos que conocí. ¿Tedas cuenta de que están acabados...? ¿Te das cuenta de que sólo son sombras patéticas?

Mi madre no contestó. Siguió contemplando su plato como una vieja sonámbula y Gerardo continuó hablando.

—Junto a la tumba de tu padre vi su fracaso total y rotundo. ¡Yo lo sabía! No es posible educar a los hijos en el aislamiento, encerrados en un mundo imaginario, como los educaron a ustedes. ¡Perdón, señora —agregó dirigiéndose a mi abuela Margarita, que hizo un breve gesto de afirmación y guardó silencio.

—La fantasía como regla para la vida termina en lo que vi al lado de la tumba: en tres desechos humanos irreconocibles. Hubiera sido mejor que los enterraran en el mismo agujero que a tu padre. ¿Comprendes?

Mi madre permaneció en silencio; yo quise decir algo pero Gerardo me calló con un gesto.

—Comprenderás ahora por qué me opongo a que ¡mi hija! siga tus pasos, que sólo llevan al fracaso y al suicidio. ¡Al suicidio, escúchame bien! —dijo estas últimas palabras haciendo alusión al suicidio del hermano menor de mi madre, ocurrido tres años antes.

—No se suicidó —contestó mi madre súbitamente con voz seria.

—¿Vas a empezar otra vez con tus teorías absurdas? ¡Se suicidó!; aunque tú no lo aceptes, como acostumbras no aceptar la realidad.

—¡No se suicidó! Tengo las pruebas, pero tú te negaste a ayudarme y precipitaste el entierro. No se suicidó. Ni siquiera permitían las autoridades que se le diera sepultura...

—Di lo que quieras. Empéñate en tu locura. Yo voy a ocuparme de Irene —agregó mi padre, y esperó una respuesta que no se produjo...

A renglón seguido, afirmó enérgico que yo iba a cumplir quince años. “No es una falta de respeto a la muerte de tu padre, es una medida saludable”, dijo para explicar que iba a llevarme a la gran fiesta del lunes. Mi abuela Pili había escogido un hermoso traje para la recepción; yo había sufrido demasiado y necesitaba algún estímulo vital para sacarme del pozo oscuro al que me habían arrojado sus disputas. “No deseo hacerte reproches. Nunca lo he hecho, pero permíteme que acuda en esta ocasión tan

lamentable, en auxilio de mi hija”. Me sentí culpable frente a Natalia e incliné la cabeza, no sin cierta satisfacción al ver que mi padre deseaba protegerme.

—Es un traje francés de seda roja —dije en voz baja.

—¿Un traje rojo para un duelo? —preguntó mi madre con un ligero asombro.

Hubo un silencio. Yo quise levantarme de la mesa y correr a mi cuarto. Ya no deseaba el traje, ni la fiesta; sólo deseaba estar sola, pero mi padre me detuvo y me miró con fijeza.

—El color carece de importancia. Lo vital es salvar a esta niña de la desesperación y de tu manía suicida y depresiva. ¡Tú ya viviste!... ¡Déjala vivir a ella!

Mi madre no contestó. Su rostro pálido permaneció impassible, así como el de mi abuela. Por los ojos extrañamente brillantes de Natalia desfilaban sucesos y personajes que yo no veía, y me sentí en peligro ante su pasividad y su voluntad de permanecer sola. Las palabras de mi padre ponían al descubierto su empeño destructivo, como decía él. ¿Por qué deseaba destruirme Natalia? ¿Y cómo iba a lograrlo? Era inútil preguntarle a mi abuela Margarita. Ella vivía en otra dimensión y ni siquiera se había dado cuenta de que su marido se hallaba moribundo, ocupada como estaba en leer *El Paraíso perdido* de Milton. La miré con intensidad y ella levantó la vista y exclamó:

—¡Irene!, qué bonita estás. Pareces el espíritu del viento —después calló asustada.

Mi padre le lanzó una mirada de reproche, ante lo que él juzgó “una manera de evadir la realidad”, y mi abuela inclinó la cabeza y calló. Sus palabras me reconfortaron: “el espíritu del viento”.

—¿De cuál viento, abuela? —le pregunté.

—Del viento del Norte —contestó ella con la vista baja.

Mi lectura favorita era “*La Reina de las Nieves*” de Andersen, y la opinión inesperada de mi abuela me llenó de regocijo. ¡Nadie, excepto mi madre y mi abuelo Antonio, me había dicho bonita! Pero la palabra era banal. En cambio, el juicio de mi abuela estaba cargado de misterio. Sentí que me envolvía la nieve y se prendía de mis cabellos...

—Mi madre y yo haremos el sacrificio de comprar ese traje para aliviar a Irene de esta pena terrible —afirmó mi padre con seriedad.

—¿Cuánto vale el traje? —preguntó Natalia levantando los ojos para mirar de frente a mi padre.

—¡Siete mil pesos!

Natalia me miró con pena, mientras yo luchaba entre el placer producido por el juicio de mi abuela, el dolor por la muerte de mi abuelo Antonio y el regocijo por aquel primer traje y aquella primera fiesta.

En el salón, mi padre ocupó un lugar frente al sitio en el que unas horas antes estuviera el féretro de mi abuelo y tomó su café en silencio.

—¿No crees que deberías consultar con un psiquiatra? La muerte de tu padre te ha producido un efecto ¡anormal! —le dijo Gerardo a Natalia, mirándola con fijeza.

—No lo creo. Quizás deberías consultar tú con de ellos, ya que encuentras ¡anormal! llorar por la muerte de un padre... y un padre como el mío... —contestó con frialdad.

—¡Sigue así, chiquita! Y usted, señora, debería convencer a su hija de consultar a un psiquiatra —le dijo Gerardo a mi abuela.

—Eso es muy complicado, Gerardo. Me parece mejor esperar a que se alivie poco a poco esta pena. El tiempo cierra las heridas...

Mi padre hizo un gesto de impaciencia y no se volvió a hablar de la muerte que acababa de ocurrir en esa casa. Yo había olvidado que era “el espíritu del viento del Norte”, y la imagen esplendorosa de “La Reina de las Nieves” había desaparecido de mi mente. De pronto, Gerardo miró su reloj.

—¡Nos vamos! Mañana debo estar en mi despacho a las nueve en punto.

Siempre repetía lo mismo, para hacer notar que él no era un parásito como Natalia. Me ordenó ponerme de pie.

—Siento enormemente lo ocurrido —dijo con voz solemne.

Una vez en el automóvil, le ordenó a Pancho que nos llevara a la casa de Eusebio Corrales, un intelectual amigo suyo con el que estaba escribiendo “El ensayo ciego”. Era un experimento que ya se había hecho en Europa: él escribiría una frase y Corrales escribiría la otra. Cuando hubieran llenado varias páginas distribuirían las frases, una de Corrales y otra de mi padre, y así obtendrían “El ensayo ciego”. Esta sería la demostración perfecta del pensamiento colectivo. Corrales estaba entusiasmado con el experimento; era ligeramente más joven que Gerardo y lo consideraba su maestro. Ambos estaban dispuestos a alcanzar el poder y la gloria. “Son juegos pueblerinos”, había dicho Natalia. A mí, aquellos juegos me producían un enorme tedio. El automóvil se detuvo en una esquina ruidosa de la colonia Polanco. Sentada en un sillón de raso de color salmón, manchado de grasa, observé la boca de Corrales: pequeña como la de Hitler y al abrirse semejaba un abismo sin fondo. “El ensayo

ciego” alcanzaría un éxito enorme, no en balde sus autores pertenecían al mundo oficial. Los escuché parlotear hasta las tres de la mañana.

No pude dormir. El Gigante paseaba por la habitación estrecha y aumentaba mi confusión, mezclándola con pánico. No. entendía la banalidad de mi padre, y el gusto de mi madre por la soledad me daba miedo. La discusión sobre el suicidio del hermano de mi madre me reveló que la vida de la familia era más grave y secreta de lo que suponía. Recordé que mi padre ocultaba celosamente el suicidio de su padre y que en cambio desplegaba con tranquilidad el de mi tío Boni. ¿Por qué? Natalia dijo: “No se suicidó, tengo las pruebas y tú precipitaste el entierro...” Me sentí turbada: mi madre nunca me dijo nada del suicidio de mi abuelo paterno y mi padre temía, que yo me suicidara. Entonces, ¿por qué después de aquel empeño suyo tan generoso para salvarme de mi madre me llevaba a la casa de Corrales...? La idea del “pensamiento colectivo” me resultó insoportable. Yo creía que el pensamiento era una disciplina interior y estrictamente personal. Corrales y mi padre deseaban aplicar la teoría de la memoria colectiva a la del pensamiento colectivo, que conducía a la masa como única realidad. ¿Cómo mi padre, que acababa de rozar el misterio de la muerte, se entregaba a semejante banalidad? ¿Y cómo, si acababa de acusar a mi madre de empujarme al suicidio, podía ignorar las profundidades del alma humana de esa manera tan frívola? Me resultaba imposible vivir bajo tantas contradicciones. El aire enrarecido del cuarto estrecho en el que me hallaba me produjo angustia; yo estaba acostumbrada a vivir entre corrientes de aire, ya que abría todas las ventanas. En el sótano, todo se hallaba quieto, descomponiéndose secretamente.

Muy temprano entré a la ducha. Antes de abrir los grifos se presentó el insecto, que me miró con fijeza y después huyó cuando entró mi abuela.

—¡No gastes el agua caliente! Es para tu papá —me ordenó.

Todo lo que existía en esa casa era para mi papá: el agua caliente, el silencio, las horas de las comidas, del sueño, la gran cama de latón, la ropa limpia, las toallas tibias, los zumos de naranja, el dentista, el dinero, absolutamente todo... Las sobras eran para mí, cuyo único deber era no existir. Así había sido antes, cuando él vivía con Natalia y conmigo, y Pili ordenaba los menús cotidianos desde su casa y la distribución del dinero, que excluía a mi madre por completo. Por eso, Natalia había trabajado siempre. Ahora Pili me urgía para que yo hiciera lo mismo: “Eres una carga muy pesada para tu papacito... debes pensar en buscarte algún trabajito”, me repetía todos los días. El insecto negro, que acababa de desaparecer de mi vista, parecía ser el

dictador y el dueño de todos los actos de esa casa, en la que las menores cosas se convertían en mezquindades oscuras y escondidas.

A las diez de la mañana depositamos a mi padre en la puerta de su despacho, y Pili y yo fuimos de tiendas. No podía evitar la ilusión inesperada que me producía la fiesta de esa noche. Me desconcerté al ver que no íbamos directamente a la casa donde se hallaba el traje rojo.

—Hay que estar seguras de que no hay otro más bonito —dijo mi abuela.

En los grandes almacenes Pili revisó con cuidado las secciones de trajes hechos y tuve que probarme uno tras otro. A las dos de la tarde estaba cansada y ansiosa.

—¡Abuela, habíamos escogido el traje rojo! —le reclamé.

Pancho nos llevó a la tienda de la francesa. En el trayecto me asustó la tensión del rostro de mi abuela: se diría que se preparaba para hacer algo perverso. La señora francesa nos recibió sonriente y yo volví a probarme el traje rojo y a contemplarme en “los espejos de Alicia”. De pronto escuché decir a mi abuela:

—No puedo pagar ese precio. Si puede dejármelo en dos mil quinientos pesos, yo pondría la mitad y su madre pondría la otra mitad...

Me asomé por las cortinillas del vestidor y vi la cara alarmada de la francesa.

—Señora, yo no hago rebajas.

Salí del vestidor con el traje puesto:

—Abuela ¿si no pensaba comprármelo para qué me traje aquí? —le dije desesperada.

Los ojos se me llenaron de lágrimas y la francesa me miró con compasión e incredulidad, como si no creyera que yo era la nieta de aquella mujer que me llegaba a la cintura y a la que en ese momento vi como un hongo chato y venenoso.

—¡No sé cómo puedes pensar en trajes cuando apenas antes de ayer enterraron a tu abuelo! El pobre todavía no se enfría y tú sólo piensas en fiestas —me dijo Pili con aire severo para defenderse de la aversión que había detectado en mí y en la francesa. Después agregó suspirando:

—¡Sí, señora! Y su pobre abuelito era un santo varón, ya ve usted cómo son las jóvenes modernas. ¡Y ésta, quiere ahora un traje rojo para el duelo!

La francesa me miro asombrada. ¡Mi conducta era escandalosa! Yo corrí al vestidor para arrancarme el traje rojo. Me sentía terriblemente humillada y culpable. Lo que no podía explicarle a aquella señora era que mi abuela y mi padre me habían convencido de la necesidad ¡vital! de ir a aquella fiesta y poseer aquel traje. Nadie me

creería y yo resultaba una infame. ¿Qué acaso Gerardo no había acusado a Natalia de empujarme al suicidio queriéndome guardar con ella durante los días de duelo? Antes de salir del vestidor me enjuagué unas lágrimas de fuego muy distintas a las llamaradas del traje y a las que derramé por mi abuelo

Antonio. Pili asomó su cabeza pequeña por las cortinillas del vestidor; parecía satisfecha. ¡Como siempre, me había vencido y además me hacía aparecer como un monstruo!

—¡Vámonos! —ordenó.

La francesa recogió el traje y permaneció atónita viéndonos partir. Mi abuela se colgó de mi brazo y yo me sentí presa de un gnomo maligno. Recogimos a mi padre en la puerta de su despacho. Como era su costumbre, traía un gesto malhumorado. Se instaló en el asiento posterior y encendió un cigarrillo. Mi abuela le tomó la mano libre y se la acarició con insistencia.

—¿Estás muy cansado, hijito? —le preguntó con solicitud.

Gerardo no contestó, y fue entonces cuando mi abuela abordó el tema del traje y del precio.

—¡Estás loca, chiquita! No tienes idea de quién eres. Tu madre te ha educado como si fueras millonaria y veo que no tienes remedio. Acabas de ver que tu madre y sus hermanos no tenían dinero ni para enterrar a tu abuelo. ¿Acaso no viste el entierro de tercera clase? Y ahora, te atreves a pedir un traje de ese precio. Yo soy un modesto funcionario... sin embargo, si tu madre puede pagar el traje yo no me opondré a su nuevo capricho y te llevaré a la fiesta. ¡Pancho, vamos a la casa de la señora! —ordenó.

Sus razones me produjeron una confusión nueva y no supe qué decir; estaba ofuscada. Encontramos a Natalia vestida de negro y acostada en su cama mirando con obstinación el techo de su cuarto. Al vernos, se enderezó y nos miró con los ojos muy abiertos por la sorpresa, ya que no nos es eraba. Yo me eché a llorar.

—Tu hija se empeña en comprar un traje de siete mil pesos. ¿Puedes pagarlo? —preguntó Gerardo, inclinándose sobre su mujer y pronunciando las palabras muy despacio.

Natalia no contestó.

—Yo digo que, ¿cómo puede tener corazón para ir a una fiesta cuando apenas antier enterramos a tu papacito? —agregó Pili con voz trágica.

Natalia se empeñó en guardar silencio y en mirar a Pili y a su hijo con ojos asombrados.

—Bueno, si tú quieres que festeje el duelo con ese traje rojo, haz lo que dice Gerardito; tal vez yo pueda ayudarte con algunos pesos —agregó Pili, mirándola con sus ojos grises de piedra.

Yo, sentada a los pies de la cama, lloraba en sollozos. Mi madre me miró unos segundos y se reconoció en mí: así había llorado ella muchas veces delante de aquellos dos personajes unidos como dos figuras de piedra de un extraño monumento funerario, y que ahora, como siempre, la observaban con ojos ávidos. Asfixiada por su enorme peso, que había caído sobre mí, levanté los ojos y vi a Pili y a Gerardo, imperturbables e impávidos ante el lazo misterioso que los unía hasta convertirlos en una sola figura inseparable. Los vi ajados como los viejos monumentos resecaos por el sol, e impenetrables en su obstinada postura, inamovible como la piedra de la que están hechos, y me produjeron miedo. Contemplaban a mi madre desde el fondo de un cementerio prehistórico, desmoronándose el uno dentro del otro y mirándola siempre con el odio de lo inanimado para todo aquello que goce de espíritu, esté vivo y respire. En verdad que era un monumento singular el que formaban; permanecía quieto en el tiempo y estaba destinado a destruir a las hierbas y a las mujeres jóvenes. Recordé el monumento funerario de mi abuelo: una cruz con los brazos extendidos y flores sembradas en la orilla. ¡No! Allí no estaba mi abuelo; la cruz indicaba únicamente un lugar señalado y exento de la profanación.

—¡Váyanse y dejen aquí a Irene! —dijo con voz tranquila.

—¿Qué dices? ... ¿Estás loca? Sólo deseamos consolarla —exclamó Pili.

—¡Ya sabía que nos acusarías de algo!... ¡Ya lo sabía! —exclamó el hijo de Pili.

—¡Váyanse y no vuelvan a esta casa!... se los ruego —repitió con voz fría.

—Entonces, ¿tu hija no irá a la fiesta? ¿Te empeñas en contagiarle tu locura? —exclamó Gerardo, indignado.

—Sabía que jugaban con ella como han jugado conmigo —contestó con aire cansado.

—¡Me das pena, una gran pena, Natalia! Creo sinceramente que necesitas un psiquiatra —contestó Gerardo con la voz afligida.

—¡Pobre criatura! ¡Pobre hijita mía!... No es justo, no es justo que la encierres aquí contigo. Tú ya viviste... —sollozó Pili.

Natalia guardó silencio; en alguna parte de la casa sentí la presencia de mi abuela Margarita y quise salir en su busca, pero no me moví.

—¡Vámonos, Irene! tu madre está muy nerviosa. Volverás mañana, cuando se haya calmado un poco —ordenó mi padre, tomándome con fuerza por un brazo.

—Sí, hijita, ¿no ves que tu mami está mal? Se encuentra muy nerviosa y es capaz de hacer cualquier tontería; es mejor que vengas con nosotros —coreó Pili, tomándome del otro brazo.

Natalia permaneció impasible. Me sacaron de la casa sin que me diera cuenta, y desde la calle, Gerardo contempló las ventanas del departamento de mi madre, y movió la cabeza.

—¡Está perdida! ¿No se da cuenta de que basta una palabra mía para acabar con su locura? -dijo.

Recordé al Gran Rioja y recordé que el plazo dado por el señor Mondragón, el propietario del edificio, ya se había vencido, y durante el trayecto a la casa de Pili me invadió el terror. Mi abuelo ya había muerto y su agonía no iba a detener el lanzamiento. “¡Lanzamiento!” la palabra me perforó el corazón. Era verdad que sin Antonio, su padre, Natalia estaba perdida. No probé bocado; me limité a escuchar a mi padre masticando ruidosamente la ensalada. Los comentarios de Pili eran alfilerazos destinados a encender la cólera siempre pronta de su hijo. Después cambiaba de tono, suspiraba y emitía consejos con voz dulce.

—¿Vas a llamar al Gran Rioja, hijito? —preguntó Pili con voz aniñada.

Mi padre guardó silencio y continuó masticando, como si en ese instante sólo le preocupara su alimentación. Su madre insistió:

—¿Vas a llamarlo? No es que yo quiera opinar, pero, ¡ha sido tan buen amigo! ¿Te acuerdas cuando venía aquí los fines de semana a estudiar contigo?, ¡Qué feliz eras entonces, hijito! Eras ¡tan feliz! Yo me ponía contenta de servirlos... ¡Dios mío, cuánta desdicha ha caído sobre esta casa!

Después de comer, mi padre llamó a su amigo. Lo llamaban el Gran Rioja, me había contado riendo, porque desde muy joven mostró sus aptitudes para ejercer la abogacía, y porque era el hijo de una actriz de la radio que los domingos recitaba comedias de Benavente en la Estación Cultural de la radio. El Gran Rioja además había leído a Spengler y mezclaba en sus conversaciones legalistas al filósofo alemán y a Arniches y Muñoz Seca, pues había heredado de su madre el gusto por el teatro.

—Acabo de sostener una conversación con Natalia. Quise hacerle entender que debe mudarse, pero resultó inútil. Ya conoces su delirio de grandeza. ¿Puedes decirle

al propietario que no estoy capacitado para cubrir esa suma? Me es completamente imposible...

Mi padre guardó unos minutos de silencio; después continuó:

—¿Ya marcaste la fecha en tu agenda?... ¡Magnífico! Sí, es mejor que no estés en la ciudad, no quiero transacciones. Cuando colgó el teléfono, tomó su café a sorbitos sin dirigirme una sola mirada. Mi abuela pasó con el esmoquin de su hijo rumbo a la habitación de éste, y mi padre la detuvo.

—Espero que no cometa alguna tontería irreparable...

—¡Déjala, hijito! Tú no puedes impedirle que se mate...

Pili se volvió a mí, corrió a colgar el esmoquin de su hijo en una percha de su habitación, y volvió a mi lado. Tomó mis manos, me miró angustiada con los ojos llenos de lágrimas.

—¡Hijita! ¡Hijita, prométeme que tú nunca vas a suicidarte! ¡Prométemelo! ... ¡Júralo por Diosito Santo!... —me pidió a grandes voces.

Me solté de sus manos de dedos cortos y torcidos y preferí no contestar.

—¡Déjala mamá! ¡Déjala! Es una insolente. Pobre chica, no quiere darse cuenta de que sólo es una fracasada. ¡Una fracasada!

Esta palabra cayó sobre mí con el efecto de un muro que se desploma. “¡Fracasada!”. Acababa de enterarme de que iban a echar a la calle a Natalia, de que ésta iba a suicidarse, y yo también, y a mi padre sólo se le ocurría llamarme “fracasada”. Y, ¿por qué iba a suicidarse mi madre? Ante mí apareció su imagen risueña y rubia, pero a pesar de todos sus atributos, también era una “fracasada”. Debía detener aquel fracaso y aquel suicidio. Miré a mi padre, que terminaba su cigarrillo y su café; iba a decirle algo, pero él se levantó.

—Voy a dormir una siesta —dijo.

—¿Puedo ir a mi casa? —pregunté con voz humilde.

—Irás cuando yo lo disponga, chiquita —contestó sin mirarme.

Lo dispondría cuando ya hubieran echado a la calle a Natalia. Durante la conversación telefónica sostenida con el Gran Rioja no pude enterarme de la fecha en que iban alanzar a mi madre, aunque estuve segura de que sería en dos o tres días. Cuando mi padre se fue a dormir la siesta me acerqué al teléfono para tratar de comunicarme con el propietario del edificio. Fue entonces cuando vi escrita sobre la agenda la fecha “3 de octubre” era la letra de mi padre. ¡Esa era la fecha! El Gran Rioja se iría de México. Faltaban pues dos días, para que Natalia y yo nos encontráramos

sobre las aceras. Corrí a encerrarme al cuarto de baño, el único lugar de la casa en el que podía estar sola. ¿Sola? Me encontré con el bicho negro que corrió sobre el piso de mosaicos dibujando letras que leí hipnotizada: “¡Suicídate!” escribió el insecto sin dejar ninguna huella. Me salí con sigilo al jardín, salté la barda y hui a la casa de Natalia. La encontré muy apacible, ignorante de lo que preparaban para ella. Sonreí; pues supe que no iba a matarse. Mi abuela Margarita salió de su habitación.

—Hija, qué bueno que volvió esta niña. Mírala, parece el Gran Viento del Norte...
Callé lo que sabía.

—¿Y no vas a la fiesta, hijita? —me preguntó mi abuela.

—No, no voy... no tengo ganas, ni traje...

Y olvidé el traje rojo para el duelo. ¿Lo olvidé? No, no lo olvidaré jamás. Todavía ahora me pregunto quién se habrá envuelto entre sus pliegues suntuosos como llamaradas. En esa tarde silenciosa sólo me preocupaba el señor Mondragón. Busqué su nombre en la lista telefónica y lo encontré sin dificultad. Debía hablar con él antes de que Gerardo se presentara a recogerme. Lo llamé muchas veces sin lograr encontrarlo. Me era difícil marcar su número sin que se notara y mientras hacía girar el disco mi corazón latía con demasiada violencia. Había olvidado que ya no me hallaba en la casa de Pili y que nadie vigilaba mis gestos ni mis pasos. Al oscurecer llegaron mis tíos para rezar el rosario y, para mi sorpresa, también apareció mi abuela Pili, envuelta en mantos negros, igual a un bulto de enorme mal agüero. La vi rezar levantando los ojos; era ella la que llevaba el rosario, mientras los otros contestaban. De cuando en cuando sus ojos de piedra gris se clavaban en mí, amenazadores. “¿Por qué vino?... ¿y por qué no la echan?”, me pregunté angustiada; y ante la absoluta pasividad de mi madre y de su familia, me sentí en peligro. La presencia de Pili en mi casa se debía a mí exclusivamente. Levanté los ojos y me encontré con los suyos: “Si hablas, maldita...”, me advirtieron en la mitad del rezo que ella dirigía, y traté de olvidar su mirada observando las penumbras suaves del salón.

—¿Nos vamos? —me preguntó mi abuela Pili cuando el interminable rosario terminó. Natalia, su madre y sus hermanos permanecieron tranquilos, dispuestos a dejarme ir con ella; se dirían tres muñecos rotos: “No tienen voluntad...”, me dije con enojo. En cambio, Pili dominaba la situación: de pie, envuelta en el manto negro que la cubría desde la cabeza, era un bulto dotado de una fuerza todopoderosa. Ejercía su dominio con impudicia y su estatura enana se imponía sobre las estaturas altas de los que la rodeaban con una seguridad ¿basada en qué?... tal vez en la impunidad. Recordé al bicho de su cuarto de baño y decidí desafiarla.

—Me quedo —anuncié...

Aquella respuesta marcó mi destino. Pili arregló los pliegues de su manto negro, lanzó una mirada circular y anunció.

—Se lo diré a tu papacito.

Sus palabras me produjeron pánico y comprendí que me había convertido en una segunda Natalia, pero acepté el desafío. Me volví a mirar a mi madre: “Descubriré los secretos que guardas”, me dije, y vi partir a Pili envuelta en la violencia. Durante la cena sólo pensaba: “Te voy a interrogar. Me has dejado andar a ciegas”, y no quité la vista de Natalia. “No seré una fracasada. Daré una gran batalla”, y recordé a Napoleón, mi héroe preferido. La indiferencia de mi madre me desconcertó; tal vez había olvidado todo, y me volví a mi abuela Margarita, que comía su sopa con tristeza, y que no había perdido su inocencia. Ella me diría los secretos familiares que me agobiaban. Tenía fama de indiscreta, le gustaba charlar de “sus tiempos” y olvidaba guardar los secretos. Hablar con ella era un placer; yo sabía el nombre de todos sus pretendientes y los colores de sus trajes de fiesta. Cuando me hablaba de sus hermanos me llegaba el olor del agua de colonia que usaban... tal era su poder evocador. Para encontrar lo que buscaba sólo debía cuidarme de Natalia. Esa noche acompañé a mi abuela hasta su cama y evité mirar la cama vecina, en la que unos días atrás había muerto mi abuelo. “Que Dios te bendiga”, me dijo cuando la dejé entregada a su lectura. Me acosté a dormir; estaba inquieta y en sueños seguí las huellas de mi abuelo. Lo vi de espaldas caminando por una avenida muy amplia trazada en el aire y que desembocaba en el sol. Iba a buen paso y lo seguí, observando su túnica blanca. La avenida no tenía casas; se diría una carretera, y sobre sus aceras se erguían astas muy altas con banderas amarillas ondeando en el viento plateado. El espectáculo era asombroso y al despertar supe que era muy superior en belleza a la fiesta a la que nunca asistí.

—Es la una, niña —me dijo Lola asombrada.

Había dormido tantas horas... Me levanté con pie ligero; de pronto el fardo de piedras, que me agobiaba en la casa de Pili se había evaporado y me dirigí a la ducha y aspiré el perfume del jabón. Nadie me cortó el agua caliente y el bicho negro no apareció correteando por los mosaicos del piso. Me puse ropa limpia y bien planchada y fui al encuentro de Natalia y de mi abuela, que me esperaban para la comida.

—Debo terminar la traducción... —dijo Natalia con aire preocupado.

En ese instante recordé al señor Mondragón y por poco me ahogo con el arroz.

—¿Qué te sucede? —me preguntó.

No podía confiarle el secreto a aquella inconsciente que se empeñaba en ignorar que estaba al borde de la catástrofe. A esa hora el dueño del edificio se hallaría en cualquier parte y yo no podía alcanzarlo. Angustiada, acompañé a Natalia y a mi abuela al salón. “Tal vez por última vez...” me dije, y miré hacia la calle: “Ahí estaremos mañana si no encuentro hoy por la tarde al señor Mondragón”, pensé, y un terror súbito me impidió hacer el menor movimiento. Natalia estaba pálida y enlutada, como su madre, y la luz radiante de la tarde iluminaba sus cabellos rubios y plateados. Las dos cabezas tenían un halo que me pareció muy extraño; era también como si lanzaran sus luces metálicas por última vez. “¿Por qué las odia?”, me pregunté, inquieta, al recordar a mi padre, que a esa hora estaría masticando su ensalada en compañía de Pili, mi otra abuela. “Mi familia es anormal”, me dije con desesperación. Mi abuela Margarita cabeceaba de sueño; la llevaría a su habitación y más tarde trataría de sacarle la verdad, aunque ya era tarde, muy tarde y continué petrificada pensando en que nos esperaba la calle... ¡La calle! No podríamos comer, ni bañarnos, ni dormir... entró Lola blandiendo un periódico en la mano.

—¡Señora! ... ¡señora! Mire lo que dice aquí —le dijo a Natalia tendiéndole el diario.

—Mi madre lo leyó con indiferencia y comentó:

—¡Pobre hombre!... —y dejó caer el periódico de la tarde.

—¿Pobre?... ¿Pobre?... ¿Ya no se acuerda la señora? —comentó Lola con voz sorprendida.

Cogí el diario y busqué el lugar señalado por Lola: “El abogado Rioja muerto en un accidente”. Leí la noticia: el automóvil del Gran Rioja se había estrellado en una carretera y su cuerpo se hallaba destrozado. Mi padre le ordenó que saliera de viaje y ahora estaba muerto... “Es un golpe para él”, me dije, y me sentí aliviada. Corrí al teléfono marqué el número de Pili y escuché su voz consternada.

—Abuela, ¿usted cree en Dios?

—Siiii... —contestó con voz frenética.

—Abuela, ¿usted cree en la justicia divina?

—¿Por qué me preguntas eso?

—Por lo del Gran Rioja...

—¡Me la vas a pagar! ¡Me la vas a pagar! —dijo, y colgó el aparato.

El problema con Pili era que siempre había que pagarle algo... y aseguro que se cobraba con sangre. Sabía que había perdido esa partida y que nosotras gozábamos de

una tregua, y eso la convertía en un ser furioso. En el silencio perfecto del cuarto donde murió mi abuelo su ira hizo temblar los muros, y yo me quedé con el aparato telefónico en la mano, aturdida por su amenaza y sin saber qué decirme. Recordé a mi papacito, que estaría escuchando sus palabras de Gorgona, y recordé que debía buscar una tablita de salvación. Temblorosa, llamé al dueño del edificio y tuve la suerte de hallarlo: “No te preocupes, niña, esperaré a que tu señora madre pueda arreglar este asunto tan enojoso para ella, y que a mí me resulta incomprendible”, dijo el señor Mondragón. Tampoco él entendía lo que sucedía en mi casa. Lo escuché con alivio; yo tenía una tregua necesaria para investigar... ¿Investigar qué? Por ejemplo, por qué me prometieron ese traje rojo para el duelo de mi abuelo Antonio. Por qué odiaban a Natalia... Nunca imaginé que mi investigación resultaría tan peligrosa, por eso la empecé sin ningún miedo... Ahora sé que Pili se cobró con sangre y tengo miedo. Estoy bien escondida y ellos me buscan; pienso que darán conmigo aunque ando de mendiga. Han muerto mis amigos, pero yo tengo la hermosa espada de la verdad. ¡Ya no investigo! Lo sé absolutamente todo, y los secretos que descubrí son espantosos. El hedor de la casa de Pili se ha extendido como una mancha de aceite por el mundo, pero esta flor pequeña y verdadera que poseo es inmortal, y por ella ya ha corrido sangre. De esa sangre pura nació ella y es tan visible e invisible como la verdad a la que sólo niegan o disfrazan los cómplices de la mentira. No sé qué sucedió con aquel famoso traje rojo para un duelo, pero sí sé que para mí se convirtió en una espada flamígera, y que su resplandor iluminó las tinieblas en las que me hallaba.

A los pocos días reapareció mi abuela Pili. Venía de luto; era la hora de comer y mi abuela Margarita y yo estábamos sentadas a la mesa. Se le recibió con cortesía. Ocupó una silla, sacó de un canastito un tarro con arroz con leche y se lo tendió a Natalia, que lo aceptó con desgano, pero con mucho miedo. La vi columpiar sus pies regordetes que no alcanzaban el suelo y sus piernas en forma de almohada y, asustada ante la voluntad de poder de sus ojos de piedra, me pregunté: “¿Cómo vas a golpearlos ahora?” Todavía no me repongo de aquel siniestro asunto...

Esta obra se terminó de imprimir
en septiembre de 1996 en los talleres de
Impresora Carbayón, S.A. de C.V.
Calzada de la Viga 590
Col. Santa Anita 08300
México, D.F.

El tiraje consta de 5,000 ejemplares
más sobrantes para reposición.